Escorias



Alberto Jiménez Ure

En palabras de su autor: Se trata de una novela rigurosamente existencialista, con algunos elementos que estigmatizan mis ficciones y que críticas como la de Shirley Yorleny Montero Rodríguez califica como post-modernos. Mi edad y mis depresiones me han convertido en una persona más vulnerable, motivo por el cual mis experiencias con los personajes que protagonizan en Escorias me afectaron tremendamente. Al extremo que intenté suicidarme un par de veces, con sobredosis de antidepresivos mezclados con licor. Anhelé se me oficiara un tedeum.



Alberto Jiménez Ure

Escorias

ePub r1.3

SebastiánArena 23.01.14

Título original: *Escorias*
Alberto Jiménez Ure, 2009
Diseño de portada: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.0



«Dedico esta breve novela a todas las prostitutas *que, durante juergas nocturnas, en malolientes tascas conocí. A las que se enmascaran y las que explícitamente se exhiben en venta a cualesquiera malviviente (hombre, lesbiana u homosexual) por* billetardos*: licores, drogas o por el placer suicida de socavar su* reputación personal *o la* criminal conducta *de abatir la existencia de quienes (presas del desamparo, despecho o depresión) deambulan por los nada* odoríferos *establecimientos donde se dispensan bebidas, sexo o estupefacientes para experimentar euforia o sentirse heroicos. Temprano, a causa de sus* actos ilícitos *por nuestra descompuesta sociedad tolerados, culminan en la ruina material o moral: confinados en hospicios, despreciables habitáculos o simplemente en la* cruel indigencia *que las pestilentes calles de nadie les depara a los que no advierten (a tiempo)* que son unos imbéciles*».*

ALBERTO JIMÉNEZ URE, Mérida (Venezuela), 2008.

I

Son las 4 *antes meridíes* de un sábado cualquiera. Falema y Samara, como siempre, «trajeadas de negro», se sientan en una de las pestilentes aceras del centro de la ciudad a decidir dónde dormir para reponerse de la borrachera y el excesivo consumo de cocaína, marihuana y alguna otra droga desconocida que habían consumido desde las 9 de la noche del día viernes.

Durante la juerga de la víspera, fueron acompañadas por Valentina, Gladys, Emiliana, Alejandra y otras «Princesas de la Obscuridad» que tomaron la decisión de irse a fornicar por nada o un *billetardo* de baja denominación con los puercos que les saciaron el alcoholismo y adicción a los estupefacientes.

Falema y Samara, hermanas de sangre y fechorías, se confiesan, una a la otra, haber *felado* a dos de los hombres que les brindaron ron y cerveza porque estaban furiosos con ellas. No quisieron dejarse *falotrar* vaginalmente por miedo al embarazo fortuito o contagio del *Síndrome de Inmuno Deficiencia Adquirida* [SIDA]. Prefirieron mamarles sus miembros, en los urinarios para varones antes del cierre de la última de las tascas donde bebieron y se doparon.

—El «hijo de puta», cuyo nombre olvidé, no tenía condones y me obligó arrodillarme en el piso del asqueroso baño, que estaba inundado de orines y servilletas llenas de mierda —aparentemente arrepentida y asqueada, con lágrimas en los ojos, confesó Falema a su pariente—. Yo no quería que me eyaculara en la garganta y él, a pesar de haberme prometido que no lo haría, me agarró con fuerza el cabello y en el último instante impidió que yo separara mi boca de su hediondo *falo*. Pero, me permitió enjuagarme la boca en el lavamanos.

—Ay, hermanita del alma —le musitó al oído Samara—. Yo tuve peor suerte que tu. Qué actitud podemos esperar de malandros en estado de ebriedad. El bicho que me tocó a mi bajó la tapa de la poceta para sentarse, me empujó hacia el piso tomándome por los hombros y me obligó a mamarle el güevo. Pero, no quiso «coronar» en mi boca. Me levantó, me bajó el pantalón y la pantaleta, me *falotró* por el culo y por fin eyaculó. Tengo un ardor insoportable en el trasero. Menos mal que no metió su palo por mi vagina.

—A mi igual quiso el maldito «cargarme» por el culo, como habla el español amigo tuyo, ése que le lamió la vagina a Emily en tu presencia, pero le imploré que no lo hiciera a causa de mis hemorroides.

Él las tocó con sus callosos dedos y lo comprobó. Dejé solo a Ulberth, que me trata bien, para rumbear contigo y mira lo que tengo que vivir. Pobrecito mi «viejito», se deprime horriblemente cuando me espera y no aparezco para perderme contigo. Tu tienes la culpa […] Me instigas.

—No me reproches, Falema, porque bastante putita que eres. Te gusta, tanto como a mi, venir a la *Perrera Central* los fines de semana. Llórale y júrale que no le fuiste infiel, manipúlalo como yo a Víctor, y dile que sólo salimos a tomarnos unas cervezas juntas sin hombres por las tascas de la ciudad.

—No es un tonto y dudará de mi [no es un *cabrón* ni *proxeneta*, como tu marido, a quien crees «manejar»]. Habrá llorado por mi traición, por abandonarlo el fin de semana. Me ayuda económicamente. Me da dinero para comprarme ropa y los medicamentos de Rinel, que padece *piodermitis* [sabes que se le pudre y enllaga el cuero cabelludo]. Nos da comida, nos cocina y nos lleva los platos a la cama. Me hace el amor con ternura, sin violencia, y no lo ayudo en nada, ni

siquiera a limpiar su apartamento. Es como un cariñoso y leal esclavo personal mío, sin que yo le pague un sueldo. Además, es muy aseado. No es infiel, no se ensucia con ninguna perra que se le regale. Pero Víctor está acostumbrado a recibirte de madrugada, siempre que le traigas dinero. Y, a propósito, ¿te dio billetes ese mal parido que provocó el sangramiento que tiene tu culo? A mi nada me regaló el «coño de madre» que me puso a chuparle su marrón, verrugoso y pútrido pene, nada, hermanita […]

—Vamos a dormir en casa de Víctor. Yo logré robarle algo al desgraciado que me lastimó el trasero. Vamos *a pie*: nos ahorraremos el dinero del taxi. Estamos cerca.

—Pueden violarnos, Samara.

—Ya qué importancia tiene. Arriesguémonos. Caminemos y fumémonos esta poquita marihuana que le quité al degenerado.

Falema, morena, robusta, hermosos ojos, grandes senos, de frondosa, desordenada y encrespada cabellera *afroamericana*, se levantó y dijo que tenía hambre.

Samara, de tez menos oscura, cabellera similar a la de su compinche, flaca y cuerpo varonil, la desanimó:

—No tenemos suficiente para comprar ni una hamburguesa. Me quedaría sin dinero y Víctor se molestaría si no le llevase billetes. No podríamos dormir en su departamento.

—¡Maldición! —se lamentó Falema—. Los hombres sólo nos dan licor y drogas, nos cogen y nunca nos ofrecen comida. Somos unas estúpidas.

—Siempre dices lo mismo, perrita, y no resistes que te inviten a beber o doparse. Mejor te callas, hermanita.

—No me llames perrita. Más puta eres tu, más experimentada y tienes más edad que yo.

—Ya, «mi reina», vámonos de aquí. Por allá varios borrachos nos miran con mala intención.

A Falema le provocó enviarle un *mensatexto* al teléfono celular de Ulberth, para intentar que le pagase un taxi e ir a su vivienda. Pero, Samara le arrebató su *movilcel* y argumentó que era una mala idea.

—Sabes que enfurecerá —le advirtió—. Estará despierto, deprimido, y te recriminará. Hueles a orine y semen. Dormiremos donde Víctor y durante la tarde lo llamarás. Chíllale por teléfono y te dirá que vayas. Los fines de semana está sin su hijita Artemisa, desesperado por verte y te recibirá a su lado.

—¿Por qué tengo que portarme mal con él, por qué, por qué si me adora tanto?

—Ya no lloriquees tardíamente, camina, ¡camina rápido!

II

Víctor estaba despierto, bebiéndose una botella de alcohol barato [sin marca, destilado clandestinamente]. Fumaba marihuana cuando Samara y Falema gritaban su nombre al pie del edificio para que les permitiese entrar.

Él asomó su descompuesta cara por el balcón y les preguntó si le traían dinero. Contrario a lo cual no les tiraría la llave de acceso.

—Sólo tengo tres billetes de cinco, pero, mañana te traeremos más —le dijo Samara, su mujer desde hacía más de tres años—. A un *malandro* que nos brindaba, logré robar una porción pequeña de hierba y pocos billetes.

—*Está bien, suban* —fue indulgente el *proxeneta*.

Les lanzó las llaves y ellas, rápido pero tambaleándose, subieron. Al entrar, Víctor encerró a Samara en la habitación principal y la desnudó para hacerle un riguroso registro en sus partes íntimas.

Halló, de hecho, los billetes doblados en los sostenes de Samara que no tardó en desplomarse de cansancio. Falema se encerró en la habitación para huéspedes, donde solía dormir cuando llegaba con su hermana a esa residencia de mala reputación. Pero, el botón del picaporte no fue obstáculo para que el *proxeneta* abriera con otra llave la puerta de esa recámara. Se apresuró a empujarla y tirarla hacia la cama.

—¡Tienes que darme culo, cuñada, porque nadie duerme en mi casa sin pagar por ello y no quiero *falotrar* a tu también asquerosa hermana mayor que ya me aburre porque siempre me llega cogida por malandros! —le ordenó el bastardo.

Ella intentó luchar con él para impedir que la violara, pero el tipejo la amenazó con un cuchillo. Con excesiva violencia y morbosidad, la desnudó, la colocó en decúbito y le introdujo —sin lubricarse— su mohoso *pene* por el culo. Le desgarró las hemorroides, que comenzaron a sangrar. Su jadeo duró casi quince minutos. Su borrachera le prolongaba su resistencia a la eyaculación. Ella se quejaba y lloraba sin escandalizar, porque sabía que los vecinos compilaban firmas para lograr la expulsión del *sátrapa* de ese apacible condominio donde ellos desentonaban por los sucesivos escándalos nocturnos. El degenerado le derramó su —obviamente— contaminado semen en el interior del ano y por las nalgas.

—Y no intentes denunciarme —le advirtió—. No es la primera vez que te «cargo», perra sucia, y se que te gusta que lo haga. Te pareces a tu hermana en lo puta, en lo pervertida y promiscua. Somos una familia de «coños de madre drogadictos y ebrios». No somos santurrones. No soporto sollozos de ramera.

Falema mordía la almohada para que sus quejidos no se escuchasen. Y así quedó, tendida en la cama, boca abajo, mientras su cuñado salía feliz del recinto y cerraba la puerta. No obstante el dolor que sentía, segundos antes de dormirse pensó en Ulberth y experimentó una infinita culpa. ¿Por qué, por qué, por qué soy tan cochina que una y otra vez cometo el error de salir con mi pervertida hermana para culminar abusada? —se decía, babeando, presa de la náusea—. Yo debería estar en la casa de Ulberth, tranquilla, siendo amorosamente atendida y cuidada. No sé qué ocurre conmigo, *Dios* […]

Falema fue la primera en despertar, ya en plena tarde [a las trece horas del sábado]. No recordaba casi nada de lo sucedido la noche anterior, pero tenía fugaces imágenes de Víctor violentándola y

falotrándola por el culo. Fue al baño, se aseó la vagina y no quiso ducharse porque la única toalla estaba hedionda. Qué no decir de la poceta, ennegrecida de tanta alimaña. Anhelaba salir del sitio, pero el *malviviente* solía esconder las llaves para que no escapasen sin su consentimiento. Ella debía esperar que Samara y él salieran de la habitación que compartían.

Media hora más tarde, lo hicieron abofeteándose mutuamente: porque Samara le preguntaba si había abusado de Falema mientras ella dormía. Ambos mostraban una terrible resaca en sus horrendas miradas.

—Dile a la puta mayor que anoche nada te hice —emplazó Víctor a Falema, en tono intimidatorio —. Está furiosa y quiere largarse contigo de nuevo. Háganlo, pero, si regresan a la madrugada, tienen que traerme más dinero. Se irán sin almorzar, porque los billetes de anoche sólo alcanzarán para que yo compre comida para mi.

Samara ya estaba vestida, e igual sin ducharse o asearse, y se escabulló con Falema hacia la calle a pescar *[hombres]* suerte. Rezaban para toparse con alguien que les diese unas monedas para hacer llamadas telefónicas desde los movilcel que alquilaban en las calles.

Algún «amigo» las auxiliaría y les brindaría comida o les daría *próceres impresos* en préstamo.

Caminaron por la *Perrera Central*, que de día lucía adecentada, y Falema recibió una llamada de Ulberth en su *movilcel*. Estaba solo, muy deprimido, decepcionado, tomándose unas cervezas en el *Restaurante La Tercer Avenida*. Le fascinó que su «novio» hubiese ido allá en su búsqueda [solían libar y comer en ese establecimiento].

—*Samara y yo estamos cerca, mi «gordito lindo»* —le informó Falema a su pareja sentimental—. *En diez minutos estaremos contigo. Después te cuento por qué no pude ir a tu casa anoche*.

—Inventa una buena historia, marica, porque él es muy celoso e inseguro —le dijo su hermana—. Desconfía de ti, y mucho más de mi.

—Ya sé, Samara. Le diremos que estuvimos en el poblado de Ejido, cuidándole las niñas a Yoly, quien tuvo que ir a una excursión con su marido y nos pidió el favor de atender a nuestras dos sobrinas.

—Genial idea, genial: nos creerá. Él le da excesiva importancia al cuidado de las niñas, inclusive, es *madrepadre* de Artemisa.

—A quien haré llorar lágrimas de sangre. Detesto a esa perrita y también a mi berrinchosa hija Rinel.

—Yo igual soy una confesa *malamadre*: no amo a Sadam. Es una ladilla y me arrepiento de haberlo [podrido] *parido*. Afortunadamente mamá me cuida a ese «maldito».

Ulberth había estacionado su pequeño vehículo frente al *Restaurante La Tercera Avenida*, que ellas divisaron.

—Está allá, es cierto, esperándonos —formuló Samara casi sin poder creer que veía la *máquina de rodamiento* de Ulberth—. Almorzaremos divinamente con él. Ahí la comida es exquisita. Ese macho tuyo tiene muchas tarjetas de crédito. Tenemos que chulearlo sin pena. Te adora, lo dice siempre, y tu tienes tu precio.

Las «Princesas de la Obscuridad» entraron y se aproximaron a la mesa donde Ulberth estaba con lágrimas en los ojos, como ellas suponían, y levemente ebrio. Fa [lema] lo abrazó y besó con fingida euforia. Y, sin dejarlo pronunciar palabras, le contó la mentira previamente urdida por ambas. El imbécil, porque no merecía otro calificativo, les creyó la burda historia. A pesar de verlas


descompuestas, pútridas, con rostros que denotaban una fuerte resaca.

III

A un joven y muy amable mesonero, las *mujeruinas* pidieron cervezas y la carta con las ofertas de «platos del día». Al rato, ya comían compulsivamente e ingerían licor con desespero. En la *Tercer Avenida* se quedarían hasta el ocaso.

Samara recibió una llamada en su *movilcel*.

—¿Quién te llama? —le preguntó Falema.

—*El Pistolero*.

—¡Ah!, ¿el funcionario? ¿Vendrá?

—Sí.

En la región de la *Perrera Central* y el país, todavía la marihuana, cocaína y otras drogas eran ilícitas y su tráfico prohibido. Ulberth se aferraba a uno de los brazos de Falema, presa de la depresión y ebriedad. No sabía quién era el funcionario que Samara, impaciente, esperaba. De súbito, la sermoneó e incriminó:

—*Nunca conocí a una persona que hablase tan pésimamente de su hijo* —formuló—. *Mucho menos tratándose de alguien que todavía es un niño, un Ser Humano en plena pubertad. ¿Por qué tienes que afirmar que es una ladilla en tu vida, Samara? Es tu hijo, tu único vástago, y no puedes negar, además, que ni siquiera lo has criado. Todos los domingos, hasta las ancianas madres suelen enfilarse* —bajo recio sol— *frente a las penitenciarías para entrar y ver a sus seres queridos que purgan condena. Aman a quienes parieron, aun cuando sean forajidos. Él no ha sido una carga para ti, malamadre, y durante más de una década has socavado tu salud y reputación en la «*Perrera Central*»*.

—Si, estúpido, lo admito —le replicó, con ronca voz de borracha, Samara—. Soy una «malamadre». No sirvo ni serviré para criar a nadie. Eres un moralista.

Fa *[lema]* miró con [hipócrita] reproche a su hermana, emplazándola a disculparse por su fiera respuesta al sermón de Ulberth. La «Princesa de la Obscuridad» mayor se levantó de su silla, la deslizó hacia donde Falema y Ulberth estaban y volvió a sentarse. Le apretó fuertemente el muslo derecho al «cuñado», prodigándole caricias hasta tocarle el *falo* con los dedos.

—Tranquilo, Ulberth —revirtió—. No quise hablarte de ese modo. Pasa que, realmente, eres muy moralista. Reconócelo.

—Me has tocado el *balano* —le reclamó él, desconcertado—. Fa, ¿nada le dirás? Mira, me manosea.

—Es mi hermana, tonto —sentenció su «novia»—. ¿Qué puede ocurrirte?

En ese instante llegó el tipejo que Samara esperaba y, al verla, tomó asiento sin pedir permiso. Llevaba un arma adherida a la cintura, que intentó ocultar con su chaqueta.

Le dio un beso a ambas y estrechó la mano a Ulberth. Le habló al oído de la «Princesa de la Obscuridad» mayor y le dio dos paquetitos.

Pidió una cerveza, se la tomó apresuradamente y se despidió.

—Ten cuidado, Samara —suplicó, acobardado, Ulberth—. Es evidente que te trajo drogas. ¿Quién es?

—Tranquilo, imbécil —reincidió ella con su tono agresivo—. Es un amigo policía que me regala porciones de la materia que decomisa a los malandros durante las requisas nocturnas que realiza.

Ulberth, nervioso, pidió la cuenta al mesonero. Sacó su cartera, tomó una de las tarjetas de crédito y se la extendió. Cuando el muchacho procesó el pago, le dejó una buena propina y —al fin— salieron de la *Tercer Avenida*. Se introdujeron en el vehículo y transitaron por el centro hacia otra tasca, porque Falema persuadió a su «pareja» para que les brindase varias cervezas adicionales antes de partir a *La Arenisca* [donde vivían].

Durante el recorrido Samara se preparó un tabaco de marihuana y fumó. Le ofreció a Falema y Ulberth. Su hermana, que sabía a él no le agradaba se dopase, rehusó consumir y fue previsible que su «novio» también rechazase la droga. Luego de brindarles ocho cervezas más, Ulberth llevó a su cuñada al edificio donde vivía con su *proxeneta*: y —más tranquilo— regresó a su apartamento de *La Arenisca* con Falema.

IV

La nevera de la planta alta de la casa de Ulberth estaba repleta de cervezas. En el lapso de dos horas, ambos prosiguieron bebiendo y Falema fue sexualmente espléndida con él. Se pintó [una y sucesivas veces más] los labios de rojo para chuparle —divino— el *falo* a su «novio». Le decía que se la «cargara» por la vagina primero, después por su culo con una perfumada *vaselina*.

Ulberth la satisfizo con extremo cuidado, porque ella tenía hemorroides y no quería lastimarla. Cuando ya no podía ingerir más licor por su excesiva borrachera, ella derramaba la cerveza en la cama y el piso. Lamentó que su pareja rechazase las drogas. No se dormía y estaba ansiosa por consumir.

—Cuéntame sobre lo que fue tu vida, «amor linda» —le sugirió Ulberth, para que dejara de pensar en drogas y durmiese.

—¿Sobre mi vida? —lo miró, expectante, la «Princesa de la Obscuridad»—. Puedo confesarte, por ejemplo, que yo me he fornicado a muchos hombres que tu conoces.

—¿A quiénes? —Dime […]

—Al marido de mamá y otros de la calle donde vivo con ella.

—Eso es muy lamentable, Fa. No sigas, me asquea tu confesión. Tarde o temprano, tendrás un infernal pleito con Kmalia. Aun cuando te haya parido, confiará más en su hombre.

—Ésa es una maldita sin autoridad moral para reclamarme nada. Yo se que fue puta al llegar a este país. De mi infancia sólo recuerdo que los bichos que traía a nuestra casa para fornicar nos maltrataban: a Yoly, Samara y a mi. Pero, es la única madre que tengo.

—Falema, no puedo creer que esa trabajadora señora haya sido tan promiscua cuando ustedes eran niñas. La injurias. Parece que la odias.

—Sí, la repudio. Me ofende, nos sermonea y denigra mucho a Samara y a mi. Malhumorada, nos grita, nos llama zorras, nos pide que la dejemos vivir sola con Richard, su chulo actual. Me he acostado varias veces con él, para mantenerlo chantajeado. Es un mentiroso. Cuando la enamoraba, le dijo a mamá que era médico. Pero un día Samara lo vio vender café en el centro.

Las palabras de Falema perturbaron a Ulberth, quien decidió filmarla y grabarle un *vídeo para mostrárselo ulteriormente*. Sin importarle las consecuencias que tendrían sus confesiones, la «Princesa de la Obscuridad» continuó mencionando nombres de tipejos y hasta admitió sus experiencias sexuales con mujeres.

Casi todas menores de edad, a las cuales manipulaba: Lorena, Neida y otras que se desnudaban, con provocación, delante de ella y *lesbianiaban*.

—Increíble, Fa, no sigas […]

—Yo qué puedo hacer […] Me muestran sus paraditos y grandes senos. Soy una persona de carne y huesos.

—Difiero de ti. Siento asco por los hombres y tiendo a sublimar a las mujeres. No ovaciono ni me atrae el homosexualismo.

Esa madrugada de domingo, finalmente Falema se desplomó en la cama de Ulberth y quedó silente. Él no podía dormir. Estaba confundido, inquieto, en extremo deprimido. Sin embargo, la abrazó, cerró los ojos y experimentó intermitentes y [*fétidas*] nauseabundas pesadillas.

V

A las 7 am., ya Ulberth preparaba dos hamburguesas para desayunar. Sentía una desagradable debilidad física. Falema dormía profundo, sin dar señales de movilidad alguna. Las confesiones de la «Princesa de la Obscuridad» todavía retumbaban, dolorosamente, en su cavidad craneana. Anhelaba verla despierta para pedirle que ratificara o no sus terribles aseveraciones. Tuvo que esperar hasta las 11 am.

Fa explayó sus ojos cuando Ulberth miraba un noticiero internacional en la televisión, sentado en el borde de la cama junto a la joven señora de 28 años, acariciándole su rebelde, copiosa, alámbrica y mal cortada cabellera de no muy buen aspecto general.

—Ulberth, «mi amor» —con voz suave, pronunció Falema incorporándose y abrazándolo—. Me siento extraña, muy extraña. Dime si me porté mal anoche […]

—¿Tu qué imaginas? —la interrogó él, entristecido.

—Nada, no pienso nada […] Me siento mentalmente incómoda.

—A eso llamamos «resaca moral».

—Si, «mi amor» […]

—Ebria, *te echaste mucha paja sucia y lodo putrefacto encima*. No se si pretendías *impresionarme, asustarme, demostrarme lo* [en extremo] *pervertida que eres*.

Con rigurosa precisión, Ulberth procedió a narrarle todo cuanto ella —desinhibida— le había confidenciado. Después de lo cual, neviosa, Falema lloró en el hombro de su «novio».

—Yo estaba borracha, «mi amor». Te suplico que no me dejes. A veces digo cosas que me perjudican. Olvida esas confesiones. Quizá sea una mitómana cuando está dopada o ebria.

—Son gravísimas, Fa. Pero ¿son ciertas o falsas? Tengo miedo. No se con qué clase de mujer me acuesto.

—No quiero perderte, «mi amor», Perdóname […]

Después de tiernamente besarle la frente, Ulberth se levantó de cama y fue a la cocina. Tomó la hamburguesa que le había guardado a Falema, y, rápido, regresó a la única alcoba del pequeño apartamento de planta alta. Ella lo recibió con distinto aspecto. Parecía haber superado la culpa que la atormentaba. Miró el plato y su rostro irradió alegría:

—¡Quién no amaría a un hombre como tu, Ulberth! —exclamó—. Me das trato de reina. Eres muy cortés.

—Te traeré un vaso de leche —le anunció él.

—Gracias, «mi amor». Me gustaría. Me arde el estómago. Y tu, ¿no desayunarás conmigo?

—Temprano lo hice. Sabes que duermo poco.

Él pensó que la «Princesa de la Obscuridad» se resistía a responder afirmativa o negativamente, porque sus expresiones faciales la delatarían. Empero, no quiso proseguir con el tema a causa de sus depresiones. Prefirió buscar una lata de cerveza y beber.

—Desayunaré y luego beberé licor contigo, «gordito lindo» —en tono adulatorio, expuso Fa.

—Me gustará —cabizbajo, replicó Ulberth—. Quiero desalojar de mi mente pensamientos que me abaten.

Tras reconocer que la hamburguesa tenía un rico sabor, Falema le devolvió el plato vacío a su «pareja» y le expresó su deseo de orinar. Se hallaba desnuda y le pidió que le trajese una toalla para

envolver su cuerpo e ir al baño. Ulberth asintió con un ligero movimiento de cabeza y fue hacia la cocina a lavar la vajilla. Ella lo abrazó, fortísimo, por la espalda e inmediatamente entró a la ducha. Se bañó con la puerta abierta, dejándose observar por él y pidiéndole que la ayudase a enjabonarse. Él se excitó, se quitó el *short*, la franela y fue a su lado. Ambos se enjabonaban y ella comenzó a chuparle, con inusitado fervor, el *falo*. Con cierta incomodidad a causa del resbaladizo piso, fornicaron.

—Me gustas muchísimo, Ulberth, muchísimo —le susurraba Fa—. Ahora lámeme la vagina, «mi amor»: chupa, me encanta […].

Hábil, le satisfizo su deseo y ella emitió inconfundibles gemidos de placer. Secaron sus cuerpos y retornaron a la habitación. Fa le quitó la cerveza a Ulberth, quien fue en busca de otra y pronto encendieron el aparato de sonido. Bebían similar a los dipsomaníacos y él no cesaba de platicarle con su difícil, para muchos, *metalenguaje*. Era un escritor desde sus días infantes, un obsesivo estudioso de la *Filosofía* y *Literatura*. Y ella sólo reía, bebía, lo abrazaba y besaba intermitentemente. No era una interlocutora válida, evadía reflexionar sobre su vida, respecto a su infame comportamiento o su relación con Ulberth. Su inteligencia y capacidad de razonamiento eran pobrísimas.

VI

Dos horas más tarde, Fa [*lema*] se encontraba —de nuevo— muy ebria. Reía graciosa y alocadamente.

Dijo lamentar que su anterior marido, Alveiro, no hubiese tenido la personalidad de Ulberth.

—*Eres maravilloso* —le infería—. Yo amaba a Alveiro, pero siempre me golpeaba.

—¿Por qué lo hacía, Fa?

—Decía que yo era una puta.

—¿Y qué eres, «amor linda»?

—No me confundas […] Creo que ya estoy borracha. A él no le gustaba que yo me reuniera con Samara, que fuese a la casa de Víctor.

—Yo entiendo sus razones, «amor linda». Te confieso que Víctor no me parece una persona confiable. Las veces que hemos estado en su residencia, he tenido la impresión que es un [sátrapa] trastornado. Consume, simultáneamente, licor, marihuana, cocaína y otras drogas.

—Es un degenerado, mi «gordito lindo». Una vez que le dejamos a Rinel, mi hija, y las hijas de Yoly [mis sobrinas Sol y Any], y nos fuimos todas las hermanas a rumbear, cuando regresamos ellas nos contaron que Víctor —desnudo— las había perseguido por la sala y las habitaciones del apartamento.

—Es un sádico, Falema. ¿Por qué todavía vas allá? ¿Por qué Samara convive todavía con ese mal parido? ¿No deduces que se identifican, comulgan en comportamientos delictivos? ¿No crees que ella está visiblemente afectadada por las drogas?

—Dopado, el maldito enloquece. Y mi hermana es una cabrona. Víctor ha fornicado con amigas que ella ha llevado a dormir.

—Respóndeme, «amor linda». No evadas mi pregunta. ¿Por qué también pernoctas allá? Acaso, ¿te revuelcas con el *proxeneta*?

—No me presiones, *acércate y bésame*, «gordito lindo» […] Ese vago y mantenido de su ignorante padre abusa de todos. Procuro cerrar bien la puerta del cuarto de huéspedes cuando me quedo.

—Pero: es su casa, Fa, y tiene llave de las habitaciones. Una noche me confesaste que él te violaba cada vez que te veía llegar drogada y borracha con Samara.

—Cálmate, no importa. Esas cosas ya pasaron. Olvídalas.

—Si sabes que es un sádico, ¿por qué te arriesgas a estar ebria en su mundo? —No te entiendo, «amor linda». No quiero te enfermes, que te contagien una enfermedad de transmisión sexual. Cuídate, por favor, reflexiona. Aléjate del estilo de vida de Samara y Víctor.

La «Princesa de la Obscuridad» sentó su *ser físico* en el umbral del apartamento, en una escalerilla. Ulberth caminó hacia ella, se inclinó y la besó intensamente.

La adoraba. Amaba a esa desquiciada, emblemática y patética mujer: a la *Bestia Negra*, como, un año después, la calificaría.

Ella le bajó el *short* y le apretó su *pene* con la mano derecha, que no tardó en llevárselo a la boca para divinamente succionárselo.

Durante dos minutos, chupó con increíble regusto hasta que recibió una llamada en su *movilcel* [lo tenía en su mano izquierda].

Casualmente, la llamaba Alveiro. Su ex compañero lloraba y le rogaba que se reconciliaran. Sin sacarse el *falo* de Ulberth de la boca, ella lo inquiría con incomodidad:

—¿Todavía me amas, Alveiro?

—Si, yo te quiero mucho —desesperado, respondía el despechado hombre—. Regresa a mi. Me enfurece pensar que estás con mi ex amigo Ulberth, quien se dejó seducir por ti y me traicionó. Me han dicho que ustedes son amantes.

—No, ¡*no*! —repetía Fa sin dejar de chupar, gustosa y obsesivamente, con mayor placer—. Es puro chisme.

En realidad, no lo era: un rumor perniciosamente propagado por seres llenos de insidia. Numerosas y conocidas —por ambos— personas veían, con frecuencia, a Falema y Ulberth juntos en todas partes: transfiriéndose saliva, acurrucados, tomados de la mano, almorzando o cenando en restaurantes de la *Perrera Central*.

En ese momento, Ulberth no pudo contener su eyaculación y su miembro expelió un denso pero no muy abundante semen, que ella se tragó. Sonrió, apartó el teléfono de su oído y le murmuró a Ulberth que «su leche era salada». Le había mamado el *falo* incontables ocasiones, pero sin ingerir su fluido.

—No puedo regresar contigo, Alveiro —sentenció Falema al fin, separándose del pene de Ulberth—. *Ya no te amo. Y no porque esté con Ulberth, lo cual es un rumor*.

De pronto, la comunicación se cortó y Falema bebió un sorbo de cerveza. Su irregular movimiento de cabeza indicaba que se hallaba excesivamente ebria. Iniciaba su [ella auténtica] *ser otra*, su rictus.

—Parece que se le terminó el saldo al teléfono de ese «periódico de ayer» —cínicamente, profirió —. Nos dejará en paz, «gordito lindo», tranquilo. No te abandonaré. Siempre me gustaste y deseaba estar contigo, que te fijaras en mi.

—Me has dicho, repetidas veces, que nunca lo ves y que no le infundes esperanzas de retorno. ¿Por qué le atiendes llamadas telefónicas?

—Porque a veces le lleva dinero a mi hija Rinel, a casa de mi madre. Me ayudó a criarla durante casi siete años y me conviene.

Ulberth parecía presa del estupor. En el interior de su cabeza, millones de indescriptibles partículas chocaban las unas contra las otras. La suspicacia y don de expresar premoniciones le advertían de la inviabilidad de las excusas de Falema. Pero, había sido espectacular la eyaculación y ulterior euforia que lo sumió en el lodazal de las mentirosas. Luego de varios segundos, reaccionó para declarar a la *mujeruina* lo siguiente:

—Eres una macabra. No debes atenderle llamadas. Yo eyaculaba en tu garganta y tu le platicabas. Fue una indiscutible perversidad nuestra. Me apena. Las sospechas de Alveiro están bien fundadas. Siempre te he sugerido que le digas la verdad, que no le des esperanzas de reconciliación y que no continúes mintiéndole. Fuimos amigos por casi veinte años. Es un hombre inteligente y lo aprecio. Tal vez un día otro te falotree estando comprometida conmigo, y lesiones mi dignidad. Me siento muy vulnerable y no debes aprovecharte de ello, primero porque te adoro y porque no merezco semejante canallada. No lo traicioné. Al regresar de mi largo viaje, me informaste que habían terminado una relación obviamente tormentosa. Si él, en realidad, te golpeaba, nadie podrá nunca culparte de la ruptura.

—Ya, «gordito lindo», *ya*. Vamos a la cama, dormiremos de nuevo, juntitos, abrazaditos. Ven, toma mi mano, ayúdame a levantar mi obeso cuerpo de aquí.

—Me gusta tu cuerpo, no te acomplejes.

Fueron a la cama, se apretujaron y durmieron hasta las 9 p.m. de ese domingo lleno de sorpresas. Ulberth le explicó a Fa [*lema*] que debía comunicarse urgentemente con su hija Artemisa, para impedir que subiese a la planta alta. Esa noche no. Tendría que venir el lunes, muy temprano, para colocarse el uniforme escolar y buscar sus cuadernos. La niña dormía los viernes y sábado con su enferma madre, en la planta baja de la casa, pero retornaba los domingos en la noche.

Ésa era la rutina, esa vez truncada por la situación que se presentaba. Falema no se levantaría. Había enlazado una borrachera con otra. Y Kmalia, su madre, que lidiaba a Rinel ese fin de semana, la llamaba con persistencia al *movilcel*. Pero, ella lo apagó.

No quiero que esa maldita me fastidie más. Tiene que cuidar a mi hija hasta mañana temprano —con voz ebria, dictó—. Sólo le molesta Rinel, pero permanentemente mi hermana Yoly le deja a sus *lastres* Sol y Any. La rumbera Samara, que es incapaz de hacerme el favor de estar con mi hija, también le delega a Sadam. Muchas veces, yo le he cuidado a ese bastardo.

—Tienes mucho odio contra tu familia. Me asustas.

—Mira, «papito lindo». Si me adoras, consígueme una dosis de heroína para el próximo fin de semana.

—¿Qué pretendes? ¿Estás loca?

—Ya, «amor lindo», *ya*. Abrázame.

VII

A las 7 am., Artemisa, la hija menor de Ulberth, subió a ponerse el uniforme y preparar los cuadernos que los lunes tenía que llevar a su escuela. Ya Fa [*lema*] estaría en la casa de su madre Kmalia.

Partió asustada porque, según afirmó, la señora la regañaría.

Antes, le pidió dinero a su «novio» para sus compras menores y habituales de la semana.

Él, como acostumbraba, *ya le había colocado* —generosa y espontáneamente— algunos *billetardos* en el bolso.

—Papá, no sigas con «Peluca de Bruja» —le suplicó Artemisa a Ulberth cuando él la trasladaba hacia la institución educativa—. Recuerda que una vez me dijo, borracha, en presencia de Rinel, y tu estabas con nosotras, que me haría llorar lágrimas de sangre. Es una *malamadre*. Una loca. Tiene una horrible fama de perra. Dicen que es una drogadicta, una prostituta. Y sabes que golpea —salvajemente— a su hija. No te quiere. Sólo te manipula para que le des dinero. Te chulea, ¿no te das cuenta?

—No te atormentes por cosas que sólo los adultos podemos resolver, nenita —la aconsejó el idiotizado progenitor, mientras conducía su *máquina de rodamiento*—. Sabes que los vecinos suelen divulgar, maliciosamente, chismes sobre cualquier persona sin conocerla. Eres una niña de diez años, amiga de Rinel, con la cual te diviertes cada vez que viene con Falema. No debes afligirte por mi. Se cuándo y cómo terminar con ella, si en el futuro descubriese que son ciertas todas las barbaridades que la gente esparce de su vida. Hay que ser justo.

—Es una diabla, papá, muy agresiva. Hasta su hija y su sobrino Sadam hablan muy mal de ella.

—Cálmate, Artemisa. Llegamos a la escuela. Te buscaré a la salida de clases.

—Puedo regresar con mis amigas, papá. Estamos cerca. No te preocupes.

—De acuerdo. Has crecido. Pero, cuídate mucho. No te detengas por el camino. No le recibas nada a ningún desconocido, a nadie.

—Yo se […]. Varias de mis compañeras de estudio caminan conmigo. Nada pasará. Nos protegemos.

Después de haber escuchado, tolerante, las repetitivas y aberrantes confesiones de Falema cuando ella estaba en *trance de ebriedad* extrema, y a causa de su ridículo enamoramiento de hombre mayor, enceguecido Ulberth sometía su macerada inteligencia a dudas y justificaciones sin sentido para exculparla.

Pero, en lo profundo de su *psique*, amordazaba la verdad según la cual su «novia» era una promiscua, macabra, desquiciada y manipuladora mujer peligrosamente inclinada a cometer delitos.

Él, víctima de su fatuidad personal, de su fragilidad psicológica y de la soledad, tendría que afrontar lo *oculto maldito* que Falema enmascaraba.

Se detuvo en un abasto de carretera. Compró cigarrillos, encendió uno y retomó su tránsito de regreso a su hábitat. No podía dejar de pensar en Falema, con desconfianza y temor. Necesitaba llamarla, preguntarle qué hacía y si podía buscarla para que almorzara con él. Recordó, sin embargo, que ella tenía una cita de representantes en la escuela de su hija Rinel. Y la llamó al *movilcel*:

—Soy Ulberth, «amor linda» ——musitó—. ¿Te gustaría que te llevara a la reunión de la escuela?

—No, tranquilo, «papi» —respondió ella, con frialdad—. Ya voy en camino. Me subí a un

transporte público. Mañana nos veremos.

—Pero, necesito hablarte personalmente. Quizá esta noche.

—Tengo trabajos que realizar en la casa de mamá. Mañana.

La «Princesa de la Obscuridad» cortó la llamada, sin despedirse. Su voz denotaba indiferencia, o, mejor digo, parquedad. Súbito episodio, Ulberth se deprimió terriblemente. Le sobrevino lo que él definió a su psiquiatra, durante una consulta médica, como *náusea depresiva*. El estómago se le comprimió y perdió fortaleza en los brazos y piernas.

VIII

La tarde de ese lunes, Alveiro irrumpió —con su derruida camioneta— frente al apartamento de Ulberth: llamándolo enloquecidamente para que se asomase por el alargado balcón.

Y él salió en compañía de Artemisa, que reflejaba un enorme susto en su faz. Su padre la calmó diciéndole que «nada malo ocurriría y que ambos estaban protegidos por la enorme puerta de metal, al pie de la escalera en forma de caracol».

Además, abundaban los curiosos y ellos le impedirían cualquier violenta y letal acción.

—¡Maldito, traicionero amigo, tienes que darme una explicación! —fuera de sus cabales, exclamaba el indeseable visitante y amagaba presumiendo tener un arma en el interior de su vehículo.

Ulberth y Artemisa se limitaron a escrutarlo con sorna y pena a causa de su ridículo comportamiento. Alveiro se exhibía excesivamente gordo, despeinado, barbado y con una sobresaliente panza de hombre obeso. Se le caían los pantalones. Sus enrojecidos ojos y los movimientos de su boca, brazos y piernas delataban a una persona drogada. Él consumía cocaína y marihuana, todos los días, y, al mismo tiempo, bebía fortísimos y baratos licores. Los vecinos, que solían verlo en el sector, salieron de sus casas para observar su impostura y demencia.

—*¡Sal de ahí, mariquita, para que nos golpeemos!* —insistía, absolutamente descompuesto—. *¡Cobarde, deja a tu hija Artemisa y ven a mi! ¡Pelea, maldito, pelea! ¡Me quitaste a Falema y Rinel, desgraciado!*

—No pelearé, Alveiro —finalmente, lo encaró Ulberth—. Te sugiero que regreses a tu casa. Te ves muy alterado y borracho.

Alveiro enfureció más y comenzó a gritarle a los vecinos la absurda e increíble calumnia según la cual Ulberth se drogaba, y que era un sádico.

Por lo contrario, Ulberth solía aconsejar a su ahora fortuito enemigo para que dejase de consumir las basuras heroicas que compraba en la Perrera Central.

—¡Vete, lárgate ya, loco! —vociferó, inesperadamente, Artemisa—. Deja a mi papá en paz y busca a tu Falema, esa horrenda «Pelubruja». Llamaremos a los policías por teléfono para que te lleven […]

Reaccionó y le prometió a la niña que no le haría daño a ella. Le aseguró que se iría y que no tuviera miedo. Antes de partir, sacó de su *todoterreno* camioneta cuatro paquetes de libros que le habían publicado a Ulberth, y que mantuvo en resguardo en su cabaña. En todas las direcciones, procedió a tirarlos: hacia la calle y el apartamento, fracturando algunas tejas de las casas contiguas.

Esa demencial conducta, impropia de alguien con la formación intelectual de Alveiro [era periodista, ex Director de dos importantes diarios y podía expresarse en *inglés* y *castellano*], produjo lástima entre quienes, asombrados, lo miraban. Subió a su *máquina de rodamiento* y, de retroceso, huyó endemoniadamente.

Varios infantes y sus madres, que presenciaron la virulencia del perturbado «comunicador social», procedieron a recoger los libros escritos por Ulberth: quien, abrumado, les agradeció el espontáneo gesto de solidaridad.

En días subsiguientes, Alveiro reincidió y protagonizó hechos deplorables ante la vivienda de Ulberth: siempre lo desafiaba e invitaba intercambiar puñetazos. El escritor optó por ocultarse de su ex amigo transformado en monstruo, cuyas acciones abultaban un inédito catálogo de bestiario. Pese a

lo cual, rehusó denunciarlo ante el *Grupo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas* [GICPC].

Ulberth esperaría, impasible, que la quietud y racionalidad retornasen a la vida del fablistán y aprendiz de novelista a quien respetó mucho y sirvió de tutor en materia literaria. Empero, Alveiro lo amenazaba sin cesar mediante llamadas telefónicas y *mensatextos* enviados a su *movilcel* privado.

Ulberth le dijo a Falema, tras informarla de tales sucesos, que viniera con menos frecuencia a su apartamento y que estuviese alerta.

No debían exponerse a las desagradables y peligrosas embestidas de su demente [y de venganza sediento] ex concubino. Ella admitió que ambos peligraban. Le aterraba la idea de toparse —de frente — con Alveiro.

Continuaron su relación, que se fortaleció con la —por meses— buena conducta de Falema. Durante casi un año, parecía otra mujer: más madura, humana, sensible, segura de cuanto anhelaba para su vida y la de Rinel. Rechazó las incitaciones para rumbear de su prostituida e incorregible hermana Samara, la «Veleta de Tascas Malolientes» [así la calificaba Ulberth]. Se reunían, rutinariamente, los fines de semana.

Ella iba donde su «novio» en compañía de su hija, que compartía instantes de juegos y charlas con Artemisa, y se quedaba en su apartamento desde los viernes hasta los domingos cuando Ulberth la llevaba de regreso a casa de la señora Kmalia.

Ciertamente, Fa [*lema*] sólo maquilló su maledicencia presionada por las presiones de su madre: que, incansable, la sermoneaba diciéndole que formalizara su vínculo afectivo con el *hacedor de ficciones* y funcionario, en «situación de [*retiro*] jubilado», de una de las universidades más importantes y vetustas del país.

IX

«*De mujeruinas, ebrias promesas de fidelidad y honestidad redentoras*». Eso se advirtió Ulberth a si mismo cuando Fa [*lema*], incisivamente, comenzó a forzarlo a sacarla a beber de nuevo a la *Perrera Central*.

Ella sufría, levantaba su mirada y torcía sus ojos al recordar —en el apartamento de su pareja— sus andanzas por las nada odoríficas tascas con Samara.

Él, para no perderla, claudicaba y la llevaba a esos in-asépticos lugares, con la molestia adicional de tener que bregar con su briba hermana: por fe y hábito borracha, dopada, en compañía de cazadores de putas, besándolos, pidiéndoles dinero y regalándoseles por una dosis de porquería heroica o [de baja denominación] *billetardos* para aumentar su fama de ramera y adepta.

El imbécil Ulberth fue persuadido a [*botar*] gastar, cada fin de semana, sin posibilidad de protesta, grandes sumas de dinero en bares y restaurantes para satisfacer el apetito de disipación nocturna de la [también] incorregible y negra bestia.

Era cierto: de ella se [*enamoró*] fascinó y empezaba a desencantarse. Los viernes y sábado se fusionaban en una misma y prolongada noche de rumba, que precipitaban las discusiones entre ambos. Él se preocupaba por el dispendio en el cual lo sumergía la *mujeruina*.

Fa acrecentó su público prontuario de canalladas contra Ulberth, a quien sus amigos de la intelectualidad lo alertaban diciéndole que solían verla putear en los establecimientos nocturnos de la *Perrera Central*.

En dos ocasiones, después de beber y comer hasta el hartazgo, ella lo robó y dejó abandonado en tascas para irse a perrear con Samara.

Él tuvo que manejar solo y ebrio por la [llena de barrancos] carretera que enlazaba la capital de la ciudad con el apartado sector de *La Arenisca*.

Al siguiente día, siempre la «Princesa menor de la Obscuridad», que Ulberth ya lamentaba tenerla por compañera, lo llamaba al *movilcel*: llorándole de modo histriónico y suplicándole que la disculpara.

—Tamara y yo estábamos muy borrachas, perdóname, «gordito lindo» —le repetía sin agotar su caradurismo—. No hice nada malo, me quedé con ella en el apartamento de Víctor.

—Me dejaste, Falema, para culminar en la casa de ese *proxeneta* —amargamente, se quejaba Ulberth—. ¿Por qué, dime por qué? ¿Qué ocurre a tu mente? Me lastimas con tu ruin comportamiento, «amor linda». Si prosigues con tu deslealtad, nuestra relación acabará. ¿Por qué cambias la vida apacible junto a mi por el basurero?

—Búscame, «gordito lindo», estoy arrepentida.

Situaciones como la expuesta se presentaban casi idénticas, cada semana, con la agravante que Fa [*lema*] se drogaba —a espaldas de Ulberth— con Samara.

Llevaba una doble vida. Cuando estaba con él, le pedía que le comprara heroína. Exigencia que Ulberth le reprochaba y se negaba a complacerla.

—Es insólito que anheles consumir una droga tan *letal* —enardecido, la espetaba—. Te gusta ingerir licor, a mi también: pero, es un vicio lícito. Si no bebemos todos los días, no tendremos problemas. A ello no puedes añadir una novísima, y destructora de la *psiquis*, dependencia a narcóticos como la heroína. Reflexiona, «amor linda», por favor […]. Tienes una hija pequeña, piensa

en ella. No puedes convertirte en una *malviviente* mujer. Eres una señora de 28 años y yo un ciudadano que duplica tu edad.

—Está bien, mi «gordito lindo» —prometía ella—. Haré lo que me aconsejas. No pensaré en drogas.

Fa [*lema*] no tardaba en reincidir con sus perrerías. Un viernes que, ansioso, Ulberth la esperaba, no se presentó en el apartamento. Pero, le llegó a las seis de la madrugada del día sábado: borracha, drogada, maloliente, hablándole incoherencias. Él la interrogaba, nervioso. Lucía similar a las violadas. Quiso saber cómo regresó, dónde y con quiénes había rumbeado: pero, en su defensa, ella alegó padecer la *amnesia etílica* frecuente entre los bebedores de alcohol. La impelió a dormir para discutir sobre sus canalladas cuando ya estuviese sobria.

Despertó durante las primeras horas de la tarde y ella le rogó, de rodillas, que no la botara. Su retórica fue la misma de siempre:

«—Perdóname, mi amor, no volveré a portarme mal contigo. No se qué hice, con quiénes estuve. Pero, estoy segura que no te traicioné sexualmente. No se qué me sucede. La culpa la tienen mi hermana Samara y amigas que me convencen para salir con ellas».

—Falema —acariciándole la cabellera, discernió Ulberth—. Pretendes que yo piense que necesitas una dosis de *psitacismo*. Llegaste al amanecer: ebria, drogada, orinada y embadurnada de mugre. ¿Qué pasó? Tengo miedo de ti, que te enfermen […] En el ambiente de la *Perrera Central* donde has elegido estar, dejándome cruelmente solo, cuando más depresivo estoy, pueden hasta matarte algún día. Reflexiona, por favor, piensa en tu hija, en ti, en mi […] No me cambies por el basurero municipal. Prepárate para lo que adviene, ese futuro que no te dará tregua, y no sofoques tu juventud en un hedonismo que puede abatirte. Tu comportamiento es despreciable, suicida, inexplicable, sin una finalidad inteligible.

—Mi hermana Samara tiene razón: *eres un cínico y moralista* […]

—Ella jamás tendrá razón por ser sujeto de los tácitos y eternos interdictos contra la prostitución y el robo.

—No entiendo lo que dices.

También apareció otra madrugada en el apartamento de Ulberth [que, frustrado, durante horas la esperaba] con Neida, una embarazada y menor de edad chica, de la cual afirmaba que «era una mina de oro» para prostituirla. Él le notificó que, la próxima vez que viniese en compañía de gente de la *Perrera Central*, no le abriría la puerta de su residencia.

Ella —dopada y ebria— lo abofeteó y le golpeó los brazos. Pero, se desnudó y lo emplazó a *falotrarla* por su brotado —de hemorroides— culo: petición que él no satisfaría, asqueado de la Bestia Negra. Le imploraba: «*Ven, por favor, ven, papito lindo. Si no tienes muchas ganas, puedo mamarte el güevo para que se te ponga erecto*».

Su boca exhibía un sangrante herpes y su vagina pústulas alrededor de los labios vulgares. Él la emplazaba para que acudiese a *consulta médica especializada*.

No dudó más: Fa [*lema*] se inclinaba al *proxenetismo*, y, quizá por ello, ávidamente buscaba juntarse con Samara y Víctor para fortalecer su amoralidad. Eran escorias de la misma cañería.

—Tendrás que alquilarme una habitación para vivir con Neida y mi hija —encendió Falema un poco más la discordia de Ulberth, macabra y gradualmente convertido por ella en piltrafa de tanto maltratar su dignidad.



—Rinel es una infante, no merece que la introduzcas en tu disoluto ámbito —la amonestó él.

X

Ulterior a los episodios narrados, Ulberth se alejó de quien ya no era ni su «novia» ni su «amiga»: sino, una especie de enorme y maloliente bacalao difícil de llevar sobre los hombros.

Una tarde que se sintió muy afligido, fue a beber cervezas a La Cibeles: una de las principales tascas de la *Perrera Central*, centro de operaciones del clan de putas del cual Fa [*lema*] era «Individua de Número».

Ahí, sin previa indagación de su parte, Ulberth fue informado por uno de los mesoneros [Enrique] que a Samara y Emilieta les habían prohibido entrar a la tasca por hurtarle, borrachas y dopadas, el *movilcel* a una dama que bebía con su pareja. También protagonizaron una bochornosa reyerta —por causas que él no precisó— con un tipejo frente a los numerosos clientes.

Ulberth estaba enterado que a Emilieta, quien fue su esposa, matrimonio que no duraría más de un año, meses atrás varios pescadores de putas y asiduos visitantes de la *Perrera Central* se la fornicaron diligentemente hasta [*pudrirla*] preñarla. Inútil era su faena en búsqueda de una víctima a quien atribuirle su embarazo. Práctica ruin que, posteriormente, Fa [*lema*] intentó materializar en perjuicio de Ulberth: presentándose con violencia, en un vano intento por achacarle un presunto [*pedo*] feto que llevaría en sus entrañas. Quiso extorsionarlo, pidiéndole cierta suma de *próceres impresos*. Pero él, iracundo, le disertaría que ella era «una rata más de la cañería que habitaban Emilieta, Samara, Gladys, Valentina, Neida y demás princesas de la Obscuridad».

Esa moribunda tarde, antes que Ulberth abandonara *La Cibeles*, casualmente ingresaron a la tasca Gladys y Valentina: a las que todavía no les prohibían el acceso al lugar. Gladys se le aproximó buscándole conversación para seducirlo:

—Papito, ¿estás peleado con Falema? —lo interrogó—. Invítanos a beber contigo […]

—En diez minutos me iré —parco, sentenció Ulberth—. Estoy muy deprimido, necesito regresar a casa.

—Nosotras no estamos comprometidas hoy con nadie. Anímate. Podríamos acompañarte. Llévanos a tu casa, te divertiremos. ¿Has tenido, mi tiernito, la maravillosa experiencia de fornicar con dos mujeres al mismo tiempo? Yo convenzo a Valentina. Mírale los senos, son más grandes y bonitos que los de Falema.

—No, gracias: ¡Enrique, Enrique, amigo, tráeme la cuenta!

Ulberth se metió en su automóvil, que tenía estacionado frente a la tasca. Transitó hacia la salida de la ciudad. Se detuvo en una licorería, compró una caja de cervezas enlatadas y se dirigió a *La Arenisca*. Cuando estuvo cómodo, recostado en su cama, escuchando música y bebiendo, recibió un *mensatexto* de Fa [*lema*] en su *movilcel*. Lo acusaba de haber enviado algunas misivas desde su teléfono, mediante las cuales ella instigaba a varias de sus compañeras de estudio y otras féminas a participar en una orgía en el interior de un taxi: donde mamaba divinamente los penes de cinco desconocidos, mientras se turnaban para «cargársela» por el trasero. Ulberth sintió escalofríos y un desconcierto profundo, imaginando cómo la *Bestia Negra* se dejaba violar o provocaba sexualmente a desalmados para que se aprovecharan de ella cada vez que se emborrachaba y drogaba. Y nunca «sus promiscuos actos recordaba», a causa de la común «*pérdida etílica de la memoria*».

Al leer respecto a tan horrendos hechos, Ulberth se reprochó haber adorado a una mujer como Fa [lema]: más por negligencia que por impericia al tratar con las personas. Se emborrachó y se lastimó

psicológicamente.

Era un imbécil, un cornúpeta, un por [volición] avestruz. Temblaba, se retorcía en el colchón, enjuiciaba su resquebrajada moralidad, su formación y cultura. Se arrepentía de relacionarse con gentuza y se castigaba por su vulnerabilidad.

Debía reaccionar, retomar su quiescencia, y pronto, si quería salvarse y resguardar su reputación de escritor sagaz, juicioso, buen padre, enemigo de la vida escandalosa, de quien ningún vecino expresaba quejas por su comportamiento. En cambio, Fa [*lema*] era, cada momento, irrespetada por los hombres que habitaban la calle del caserío de *La Arenisca* donde residía.

Artemisa no merecería un padre idiotizado, manipulable, amante de una mentirosa ramera: incapaz de llevar una existencia ejemplar ante sus ojos. Y recordaba los parlamentos de su hija:

«—Papá, por favor, deja a Peluca de Bruja. No te quiere, es una malamadre*, mentirosa y prostituta. Te chantajea, te manipula. Olvídala».*

XI

Ulberth determinó alejarse de la *escoria negra*, ésa de cabellera alborotada y amorfa, falsificado caminar y urdimbre en la mente llamada Fa [*lema*]. La depresión lo abatía. Experimentaba una gravísima falta de voluntad para vivir, enfrentar los quehaceres cotidianos y razonar. Sus piernas le fallaban, era presa de súbitos llantos, escalofríos, temblores, no se alimentaba y padecía de una náusea sempiterna.

Se había equivocado al recibir en su mundo a una prostituta y alocada señorona de la *Perrera Central*. Lo sabía, pero exhibía una absurda y de un escritor impropia resistencia a mirar la realidad. Por ello se cuestionaba reciamente. Su psique estaba lesionándose de tanto pensar en la deshonestidad y desenfreno de Fa [*lema*].

Quería moralmente digerir, procesar, entender y expulsar a *es[e]a* de la sociedad esputo de su mente y no podía.

Dormía poco y, cuando lo hacía, era víctima de pesadillas demoníacas y premoniciones.

Casi todos los episodios del futuro que irrumpían en su cavidad craneana se sucedían.

La *videncia*, que antes le fue útil para sobrellevar las vicisitudes que le deparó el ambiente académico y administrativo de la institución universitaria [para la cual trabajó 27 años] comenzaba a fustigarlo.

> *¿Por qué tiendo a sublimar a las mujeres sin prevenir que muchas no son más que infernal excremento de bestias, el sucio producto de la unión sexual o fortuito apareamiento de dos engendros del Mal?* —se inquiría, una y millones de veces, obcecadamente—. *¿Por qué no conduzco mi existencia conforme a mis premoniciones e intuición?*

El *lema* de Fa era cómo continuar estafándolo pidiéndole, ofreciéndole que la sodomizara. Hasta un embarazo le rogaría. Durante días, lo sitió. Lo llamaba al *movilcel*, se colocaba en las esquinas de la calle donde se hallaba su apartamento, en la entrada de la urbanización y bodegas cercanas. Ulberth la rechazaba por teléfono, le sugería que retornara a la *Perrera Central* y que lo dejase en paz junto a Artemisa: contra quien ella alimentó —durante meses— un peligroso e injustificado rencor. Tenía a la niña por su enemiga y a los *malvivientes* de la *Perrera Central* por sus aliados. Borracha, alguna vez igual confesó odiar a Rinel: su más próximo estorbo y única cría por la cual Ulberth y Artemisa sentían afecto y compasión.

Al darse cuenta que él se había deliberadamente atrincherado para evadirla, Fa [*lema*] le enviaba *mensatextos* al *movilcel* en los cuales le decía que «él no era sino un viejo maldito», un «maricón». Cuando bebía licor, Ulberth le respondía con inimaginables ofensas.

> *«—Puta, por dosis de droga y barato licor repartes tu culo a los malvivientes de la* Perrera Central» —le escribía y enviaba las frases vía celular—. *«Por tu afición a mamarle los podridos güevos a los malandros de la* Perrera Central *que te dan cocaína, marihuana o heroína, te han contagiado sus verrugas de sarcoma purulentas» […]*

Cuando le pasaba la borrachera, Ulberth se arrepentía de haberla denigrado: pese a que,

íntimamente, estaba convencido que ella se merecía semejantes expresiones.

En última instancia, Fa [*lema*] logró un poco más que sus anteriores parejas: convertirlo en una *piltrafa suicida*. Si, porque Ulberth no pensaba en cosa distinta al suicidio.

El comportamiento de la *Bestia Negra* era una irrefutable evidencia de instigación.

Frente a tales enunciados, Fa [*lema*] tomaba revancha exhortándole que se suicidara:

«—*¡Muérete, viejo maldito, muérete!*» —le escribía ella.

«—*Sobre tu sepultura esputaré*» —le advertía él y recordaba la novela *Escupiré sobre tu tumba*, de Boris Vian.

Ulberth, que perdió varios kilos de peso a causa de la *náusea depresiva* que le impedía tragar.

Optó, desesperado, por acudir a su psiquiatra: Merisol, amiga de muchos años y magnífica profesional de la medicina de postgrado.

Le confesó su extrema ansiedad e ideas suicidas. Le narró la tragedia que experimentaba por haberse relacionado, afectivamente, con una *mujellera*, y la doctora lo emplazó a desecharla de su vida.

—*Déjala, te aconsejo, descártala* —pontificó y le recetó píldoras antidepresivas.

Como consecuencia de las persistentes súplicas telefónicas de Fa para que se reconciliaran, Ulberth platicó con Artemisa y le explicó que la soledad lo mataba. Las pastillas antidepresivas acrecentaron su vulnerabilidad y reincidió en retomar un vínculo que hedía similar a los habitáculos de morgue.

Al percibirlo psíquicamente inestable, con desagrado su hija claudicó y le prometió que no interferiría. Pero, le dijo a su padre que tuviese cuidado porque «esa clase de perras nunca se corrigen».

—No te quiere, papá —lo regañaba—. Seguro tiene problemas económicos y familiares por sus andanzas de prostituta y por ser una drogadicta. Tiene mala fama, está rayándote […]

—María de Magdalia se arrepintió ante Jesucristo, bebé linda —justificó fútil y fatuamente Ulberth su decisión de darle una oportunidad más a Fa [*lema*] para que se vindicase—. El hijo de nuestro *Padre Supremo* perdonó a una ramera al ver que le lavaba sus pies, en acto de explícita contrición. Se redimió auténticamente. Yo —que no soy el crucificado, aun cuando siento lo que él— no tengo tanta soberbia como para no perdonarle sus malas acciones.

XII

Era noche de viernes. De nuevo, se reencontraron en el apartamento de Ulberth: quien, contento, preparó dos *cubalibres*. La presencia de aquella monstruo ejercía una influencia curativa en él. Todavía, *insólita e inexplicablemente*, la adoraba.

Se abrazaban y besaban, efusivamente, y brindaban por el éxito de la reconciliación. Ulberth procuraba no pensar en el pasado, y, con sus alevosos e inagotables amapuches, ella se encargaba de distraerlo para que no lo hiciera. Cuando ya estaban [ofuscados] medianamente ebrios, a la medianoche Fa [*lema*] le pidió realizar un «*ritual de iniciación satánica*»:

—Ya que *Dios* no me da riquezas, quiero probar con el *Demonio* —elucubró—. Quiero ser una *Princesa de Legión*, «papito lindo». Cuando vivía con Alveiro, un día me dijo que eres un *satánico*. Y que, por eso, siempre logras lo que deseas.

—No soy un *satánico*, «amor linda» —refutó Ulberth—. Por haber editado dos libros relacionados con el Diablo, algunos ignorantes me difaman. También escribí y publiqué un texto titulado *Deus*. Soy un hacedor de ficciones.

—Pero, mi ex marido me informó que publicaste un «*ritual de iniciación satánica*». Ayúdame […]

Ulberth recordó una frase que insertó en *Revelaciones*, uno de sus más polémicos libros: «Quien cruz quiera darás sobre la cruz muerte». Convino en la idea de satisfacer el anhelo de Fa [*lema*]. Apagó las luces y la música. Tomó un papel, un bolígrafo y una vela. Le apretó las manos y la condujo hacia el cuarto de baño. Cerró la puerta, encendió el cilindro de cera y comenzó a escribir el juramento de adhesión y lealtad de ella al *Maligno* y a Ulberth, de quien se rumoraba era «Príncipe de Legión». Transcribo el contenido:

Juramento
de Lealtad
al Demonio

«Mediante el presente documento, yo, Falema, para merecer la protección y gozos que Lucifer *ofrece a sus adeptos, juro mi fidelidad a él y sus mandamientos de catequesis que obedeceré. También prometo que seré honesta y leal a* Ulberth*, su hijo pródigo, mientras en este mundo él respire. Si yo llegase a violar esta* Adhesión Satánica*, aceptaré ser implacablemente castigada con penurias y tragedias personales hasta el advenimiento de mi muerte. No quebrantaré mi palabra, cuya hipotética irreversibilidad futura pagaríamos con sufrimientos mi familia y yo durante el tiempo que dure nuestra existencia. Primero beso, luego firmo y quemo mi ya escrita conversión».*

Sus sombras se deformaban con el movimiento ondulatorio de la llama. Fa [*lema*] materializó el ritual: besó, firmó y colocó la hoja de papel encima del fuego. La soltó y, en segundos, se volvió cenizas. El cuarto de baño se había llenado de humo, motivo por el cual presuroso Ulberth abrió la puerta y salieron tosiendo. Ya en la alcoba, bebieron y fumaron cigarrillos. Fa [*lema*] se desvistió, provocándole una súbita erección.

Y le formuló otra inusitada petición: quería *sodomizarlo* con sus dedos. Él sintió escalofríos. Nunca se introdujo algo por el ano y, en más de cincuenta años de existencia, ni siquiera se sometió a exámenes prostáticos.

—Por favor, «gordito lindo», déjame hacerlo —suplicó, excitada.

—Me desflorarías, Fa —en actitud defensiva, manifestó pánico él.

—Permítemelo, estoy antojada.

—Está bien, «amor linda». Hazlo cuidadosamente. Tengo miedo.

Fa le quitó el *short*. Se untó un poco de la *vaselina* en sus dedos angular y medio, y —sin vacilación ninguna— se los metió por el culo. Ulberth emitió un entrecortado quejido. Sintió que las puntiagudas uñas de ella le desgarraban las paredes interiores del ano. Pero, estoicamente, soportó el intenso dolor. Luego de tres minutos, cuando parecía haberle sobrevenido un primer orgasmo, la —ahora— nueva «Princesa de Legión» sacó sus dedos y le pidió a su amante que la *falotrara* por el trasero. Para lubricarse, él la folló primero por la vagina y después intentó satisfacerla. Tuvo que colocarse, también, *vaselina* para lograrlo. Ella tenía las hemorroides inflamadas y salientes. En pleno jadeo, Fa [*lema*] ladró extática. Su éxtasis fue profundo, inenarrable, como inconmensurable la eyaculación del otro.

XIII

A temprana hora de la mañana del siguiente día, Ulberth experimentó un fortísimo dolor de estómago y se apresuró a defecar.

En el baño comprobó que sangraba por el ano. Se hizo la ablución más de cinco veces. Recién, cuando quiso que Fa [*lema*] le precipitase eyaculaciones mediante la succión de su *pene* con los labios [*bucales* o *vulvares*], ella fantaseó con su rigurosamente oculta virilidad y lo «violó» con su inevitable consentimiento.

Sin ceremonia de *podium*, digo que la *Mujer* es la más hermosa forma ideada por la Naturaleza para simbolizar la castración del *Hombre*.

Lo que *Ella* hacia adentro implota, *Él* lo expele. No son *corriente alterna*. Juntos, procrean: pero no generan *energía*, sólo *discordia*.

Por dictado genético escindido de la hombría, impronta de la paternidad, la *Mujer* penitentemente hospeda la *Trascendencia del Ser* en sus entrañas: y el *Hombre*, movido por el miedo a la *Muerte*, explora el túnel mediante el *falo*. Cuando fornica está buscándose, anhela rescatarse de esa especie de secuestro que significa formarse en el interior de una placenta.

Fa [*lema*] despertó al mediodía, sin motivos enfurecida. Su indicioso comportamiento [hacía explícita] delataba lo incorregible de su «Álter Ego» [comenzó a maltratar verbalmente a Ulberth, que, adolorido, se alejaba del excretor. Ordenó le trajese el desayuno a la cama, agua, gaseosa, leche, café, todo al mismo tiempo y de prisa].

—¡Rápido, qué esperas para preparar mi comida! —le gritaba la *Bestia Negra*.

Ella nada sabía de espacios, ni se ubicaba en el tiempo. No se percataba de las transformaciones de los *ecosistemas*, de los [desarrollos, evolución] avances *tecnológicos, científicos* y de *La Multimedia*. Era lo cerril que fortuita e ilícitamente allanaba la quiescencia de Ulberth, la alteración hedónica de los sentidos y el pillaje.

Fa [*lema*] representaba la falsificación de una dama. Era un irrescatable naufragio de veleta en mar agitado, un agravio al Juicio. El mundo se había infartado y ella pretendía resucitarlo mediante la violencia del morbo, el desorden, promiscuidad y caos.

Su exigua inteligencia no procesaba la idea del respeto y, por ello, la perversidad e impunidad fijaban la *Ley* en su extraño territorio: impía norma, que no enuncia interdicciones para las conductas a la *Humanidad Lesivas*.

Hacía rato que Ulberth ya le había preparado el desayuno. Se lo llevó a la cama. Por haber pasado frente a la pantalla del televisor, cuando le extendió el plato recibió una bofetada.

—¡Faltan la leche, el agua, el café y el refresco! —vociferaba.

—¿Por qué me tratas de ese modo? —indagaba Ulberth—. Satisfago tus deseos y me agradeces con maltratos […]

—¡Cállate!

Se alimentó con desesperación, se despojó de la cobija y explayó sus piernas en abierta insinuación sexual. Quería que Ulberth la felara, empero él la miró con recelo.

—*¡Chúpame, «papi lindo»!* —se babeaba la «Princesa de Legión y Obscuridad».

—No lo haré —por primera vez, rehusó él—. Padeces del *Pallus Purulenta Verruca Síndrome*. Escruta el fenotipo de esa enfermedad en tu vagina y boca. Afortunadamente, por sugerencia de un

médico amigo, hace años recibí un antídoto experimental que inmunizó mi organismo de cuanta porquería eres portadora. Anoche me embriagué contigo y no me importó follarte, pero ya estoy sobrio y me asqueas. Tienes que ir a consulta médica para que te practiquen la citología y examen de plasma. Estás muy enferma.

—Si te niegas, no importa. Lo hará Neida, Mariam, cualquiera de las muchachas que me buscan y se encompinchan conmigo.

—Estás muy corrompida.

Iracunda, Fa [*lema*] se levantó de la cama y lo abofeteó con fuerza. Él no respondió, sentó su *ser físico* en un banquillo y bajó la cabeza.

Ella se vistió rápidamente. Tomó la billetera de Ulberth, le extrajo todo el dinero que tenía e —intimidándolo— gruñó para que le abriese la puerta.

—¡No regresaré más, «viejo maldito»! —enfatizó cuando inició la marcha, quizá hacia la *Perrera Central*, en busca de su hermana Samara. Eran escorias de la misma y saturada cañería.

La suya, no había sido una inferencia falaz: Ulberth se había ofrecido para recibir unas inyecciones que se hallaban en etapa de experimentación, todavía no autorizadas por la *Organización Mundial de la Salud* [OMS]. Él era una fehaciente prueba de la fiabilidad del antídoto. Fa [*lema*] no le contagiaba su virus, adquirido en la *Perrera Central*.

XIV

Evasiva, de impulsos violentos y pocas reflexiones, Fa [*lema*] sentía que Ulberth la había defraudado. Durante el tiempo que manipuló la patológica relación, estuvo convencida de lograr que le regalase una vivienda para luego echarlo de su camino y consolidar su disipada existencia. Intentó varios y clásicos métodos: la *adulación sistemática* primero, después el *embarazo fraudulento* y finalmente la *vejación psicológica*. Al cambio de las cosas, artimañas que resultaron fútiles.

Ella, furiosa, intentaba comunicarse telefónicamente con Samara para mitigar su derrota en el arte de timar incautos. Pero, su hermana se hallaba en la casa de Axxon. De origen alemán, solitario, aproximadamente 70 años, aficionado a las drogas y profesor universitario, estaba encariñado con la «Princesa mayor de la Obscuridad» mayor. Ella le sacaba dinero para cubrir sus gastos personales, doparse, y llevarle *billetardos* al *proxeneta* Victor. Axxon la presionaba. Cuando debió prescribirse un tedéum para su miembro, le obsedía que ella lo satisficiese sexualmente.

Sucesivas veces, Samara intentó excitarlo mamándole el *falo* sin lograr su propósito. En pocas oportunidades tuvo éxito. Él era consciente de su edad e incapacidad física [caminaba apoyado de una muleta], motivo por el cual se conformaba con las caricias orales de la maestra: decadente consejera e incitadora de Fa.

Ulberth tenía menos edad que Axxon y todavía lograba erecciones sin medicación. Pero, ambos eran vistos por esas *mujelleras* similar a «cajeros automáticos de banco».

No sentían nada por ellos, sólo los chuleaban. Los vampirizaban y humillaban con preconcebidas frases: «*Eres un viejo, yo una joven*». «*Si no me das suficiente dinero, no seguiré fornicando con un hombre de la tercera edad*» [las precedentes, eran las frases que más utilizaban para acomplejarlos].

Presumían de una supuesta juventud, pero eran unas señoronas: un par de putas encubiertas, unas «veletas de malolientes tascas», cepas del *Pallus Verruca Virus*.

Transcurrieron dos meses y, por instrucciones psiquiátricas, Ulberth buscó disminuir —mediante la plática— los lesivos efectos que la soledad le generaban.

Comenzó a visitar a dos amigas en el *Parque Teleférico*. Excelentes interlocutoras, una Yoly: la hermana menor de Fa. La otra: Mariné.

En su compañía, exorcisaba sus depresiones. Una tarde, Yoly le prodigó una dolorosa revelación:

—Olvida a mi hermana. Es una perra. Siempre lo ha sido. Y tu lo sabías cuando la aceptaste. Fuiste un cabrón. Es una *buscona*: a todos los novios que he tenido se les ha regalado. Trata mal a mis hijas, las llama «lastres» […]

—Yo no lo sabía, no, *no* —se defendía Ulberth, con lastimosa postura—. Si estaba informado de su inclinación por las drogas. Y luché para que las dejase. Nunca le compré estupefacientes. Pero, no dudo que muchas veces haya comprado cocaína o marihuana con el dinero que yo le daba para que renovara su vestuario y comida.

—Busca otra, ella quiere destruirte psicológicamente.

—Hablas como Merisol, mi psiquiatra.

—No seas tonto, Ulberth. No se requiere ser psiquiatra para darse cuenta que mi hermana es una puerca, una puta.

—Tranquila, no he visto a Fa desde hace más de mes y medio.

—Ni la busques. En este instante, podría estar revolcándose en una cama o el monte con

cualquier piojoso. No sufras.

—Las pastillas antidepresivas inhiben mis impulsos sexuales. Puedo vivir exento de sexo, pero mi mente está inquieta.

Los viernes y sábado, cuando ellas colocaban en venta sus artesanías en el *Parque Teleférico*, Ulberth las frecuentaba para conversar. Nueva rutina que Fa [*lema*] no tardó en torpedear con intimidaciones e infundios.

En varias ocasiones, increpó sorpresivamente a Mariné: atribuyéndole una relación amorosa con Ulberth. Posterior a lo cual, lo sitiaba «arrepentida» de haberlo maltratado y pidiéndole reconciliación. Ella no quería perder a su «dispensador automático» de *billetardos*.

XV

Pisoteando lo que le dictaba su [shopenhaueriana] *Inmutable Razón Suficiente*, de nuevo Ulberth decidió —tras la infausta suspensión de su juicio— darle una oportunidad a Fa [*lema*] para que corrigiese su conducta: que, al cabo, sería la última.

Ella admitió haber rumbeado con Samara, pero que no tuvo relaciones sexuales con ningún hombre:

—Tu dejaste de invitarme a salir —le decía por teléfono—. Por eso me alejaba y salía a la calle con mi hermana […]

—No puedo continuar [botando] gastando *próceres impresos* en la *Perrera Central*, entiéndelo —bufó Ulberth—. Nada bueno hallarás en el depósito municipal de escorias: sino drogas y semen contaminado de *malvivientes*.

—¿Insinúas que soy una puta?

—Nada es a mis sentidos que no haya sido primero a los tuyos. Yo no califico a nadie, cada cual de si mismo su naturaleza lo que le place exhibe.

—No comprendo […] Háblame claro.

—Tranquila, te esperaré.

Se citaron para verse en el apartamento de él. Pero, antes que se materializase ese postrero episodio, Ulberth tuvo un inesperado encuentro —en una panadería— con Sadam: el sobrino de Fa [*lema*] e hijo de Samara.

El muchacho, víctima de un ambiente familiar descompuesto, comenzó a delatarla:

—No perdones a mi tía Falema —inició su profuso parlamento—. *Ha estado buscándote porque se peleó con Luis, su amante más reciente, que se cansó de ser chuleado. ¿No lo conoces? Vive en este sector. Ella es una perra. No sólo salía con él. También con Israel, el novio de Yoly. Y otros hombres que la llaman a su celular. Se reúne con Samara y desaparece durante días de la casa de mi abuela, que está molesta con ella porque abandona a mi prima Rinel. Es una irresponsable, una sucia y loca. Hoy reapareció y me lesionó con la hebilla de una correa. Es una salvaje. Siempre te ha engañado, abre tus ojos. ¿No me crees?*

—No tengo voluntad para vigilarle el culo a tu tía —afligido, le respondió Ulberth—. Me siento psicológicamente muy vulnerable. Esa mujer me convirtió en una *piltrafa suicida*. Me ofrece sus migajas. Se que tengo que reaccionar, olvidarla, alejarla definitivamente de mi mundo. Nunca en mi vida toleré que me tratasen como a un cabrón. No me siento comprometido con ella, intentaré que reflexione y corrija su comportamiento. Es muy deshonesta. Algo trama, pero me cuidaré.

Sadam le suplicó a Ulberth que le enseñase a leer la mente de las personas, a predecir el futuro. Le obsesionaba la idea de transformase en un *psíquico*. Semejante ruego se debía al hecho que el escritor, en presencia del talentoso jovencito, predijo hechos que se sucedieron y hasta solía descifrar los pensamientos de las personas escrutándolas fijamente. Habilidad [*don*] que al intelectual no le servía de nada cuando intentaba persuadir a Fa [*lema*] para que se regenerara. Él bogaba por su [¿irrefutable?] íntima y personal tesis según la cual «*lo que ha de venir no tiene reparo por ser inmanente a la existencia. No está atado al tiempo: pasado, presente o futuro*». Sabía que su vínculo con ella era un inerme cuerpo acechado por cuervos hambrientos, un cadáver perfumado para que no hieda.

«Ya, tácitamente, eres un mago y vidente —disertó Ulberth antes de marcharse—. *Piensas que estás aquí, platicándome, pero yo veo cómo te desplazas en una cápsula de otra* realidad cuántica *a una velocidad superior a la tuya. Cuando crees que me transmites alguna información, no haces cosa diferente a leer lo que en mi mundo está escrito. Dialogas y nada se transforma, callas y tampoco. Lo que de tu mente procede no es ajeno a mi* conciencia. *Todo lo que adviene se ha consumado en mi psiquis» […]*

—No te entiendo —se quejó Sadam sin darse cuenta que ya Ulberth no estaba frente a él.

Ofuscado, el mozalbete cerró los ojos y comprobó que se hallaba en la casa de su abuela Kmalia: era hostigado por la *Bestia Negra* que se pintaba los ojos para ir al apartamento de Ulberth, en compañía de su hija Rinel.

«*Fase Terminal*» y con un lamentable desenlace, Fa [*lema*] iría tres veces más al hábitat de Ulberth. Delatada por su familia, algunas de sus [como ella] traicioneras «amigas» y gente que apreciaba al *hacedor de ficciones*, mostraría —sin ambages— su auténtica y abominable naturaleza. Investida de su reflotada demencia, le revelaría su proyecto de secuestrarlo asesorada por un malandro del barrio donde ella vivía.

El último día que estuvieron juntos, al atardecer, en presencia de las infantas Rinel y Artemisa, golpeó a Ulberth, tiró dos de sus *movilcels* contra el piso de la habitación y un *sandwich* que afablemente le había preparado. Lo llamó «viejo marica» y le gritó que necesitaba dinero. Él le dijo que no tenía *billetardos* a mano, y rabiosa hurgó por entre la computadora y otros aparatos domésticos para robarlo antes de irse endemoniadamente con su hija.

—¡Te denunciaremos!, «Peluca de Bruja» —le advirtió Artemisa—. ¡Lárgate y no regreses! ¡Rinel no merece una madre como tu!

> *«—Non cupio me esse clementem, veniet Pater mea* —también le anunció Ulberth—. *Ya no temo al monstruo que tu belleza física oculta. Te di amor, consejos, protección, cobijo y compartí mi alimento contigo que has soberbiamente tirado: por ello, comerás materia fecal. Non Aedes mea migrabis,* Luxfero. *Scriptum sum. Nihil est Deus acceptius» […]*

XVI

[Al cambio de las cosas] Ulberth retomó su hábito por la comunicación *multimedia*, lectura y escritura. Había dejado de pensar en Fa [*lema*]: quien, conforme a las predicciones del escritor, mientras [existiera] respirase experimentaría terribles dolencias y situaciones que la confinarían en un solitario habitáculo para enfermos crónicos.

Pocas veces atendía llamadas telefónicas, dejó de tomar píldoras antidepresivas y descartaba la idea de iniciar una nueva relación afectiva que lo desestabilizara de nuevo. Excepto su hija Artemisa, no confiaba en nadie. Parecía no envejecer y vivía voluntariamente apartado de la mayoría de las personas que conocía, pero cada alba —en los instantes de transición entre el día y la noche— escuchaba voces [era también un *clariaudiente*] y veía imágenes de «una *Realidad* y *Tiempo* no codificables».

En el curso de varios amaneceres, escuchó la voz inidentificable de una mujer que pronunciaba —con dicción impecable— aquél *Juramento de lealtad al Demonio* que una noche escribió por petición de la escoria:

> *«Mediante el presente documento, yo, Falema, para merecer la protección y gozos que* Lucifer *ofrece a sus adeptos, juro mi fidelidad a él y sus mandamientos de catequesis que obedeceré. También prometo que seré honesta y leal a* Ulberth*, su hijo pródigo, mientras en este mundo él respire. Si yo llegase a violar esta* Adhesión Satánica*, aceptaré ser implacablemente castigada con penurias y tragedias personales hasta el advenimiento de mi muerte. No quebrantaré mi palabra, cuya hipotética irreversibilidad futura pagaríamos con sufrimientos mi familia y yo durante el tiempo que dure nuestra existencia. Primero beso, luego firmo y quemo mi ya escrita conversión».*

A *Deus*, —persistentemente— rogó que la mujer que le hablaba se materializara y fue complacido.

El amanecer cuando apareció la dama, que dijo llamarse Luzbel, se vio en un solitario, trifurcado y exento de edificaciones camino bordeado de abundante vegetación. Frente a cinco construcciones geométricas, tridimensionales y huecas.

Eran pentágonos de trescientos sesenta y cinco metros de altura por equidistante e infinita extensión longitudinal: uno de ellos color azul, otro rojo, el tercero púrpura, seguidos por el cuarto amarillo y quinto verde, respectivamente.

Al centro de la trifurcación estaba anclado el *Pentágono Púrpura*.

—Buscabas un camino distinto, empero estás ante cinco grutas —le advirtió la linda entidad—. Decide dónde ir. Antes, sepultarás tu ropaje y artefactos de tu *Realidad* y *Tiempo*. Cava, de prisa, una fosa. Ya no hay prórroga para todo cuanto depara nuestro *Dictatorius Supremus Pater* a tu existencia. Ulberth no estaba familiarizado con la excavación de fosas, pero se dispuso a trabajar con una hoz que halló tirada en el polvoriento sendero.

Subió las mangas de su *sweater*, se recogió la cabellera y procedió.

Emprendió la perforación sin dejar de escrutar, perplejo, un enorme y frondoso árbol mango que comenzó progresivamente a florecer y dar frutos para luego pulverizarse. Luzbel, que también había

observado las transformaciones de la planta, le platicó por última vez:

—*Ahora quedarás solo y desposeído para introducirte en alguno de túneles pentagonales. Es hora de mi partida y de tu renacimiento.*

Ulberth se sintió atraído hacia el *Pentágono Púrpura* y fue aspirado por él. Desnudo, se vio adentro y rodeado de un diezmado —«por la acción de la magia»— poblado. Fue encarado por quien ejercía funciones de mediadora entre prestidigitadoras:

—Has de saber, inmigrante: fuimos millones de purpúreas y, por la acción de la *magia*, no somos hoy más de trescientas sesenta y cinco en el interior de este pentágono —le comunicó una mujer que igual estaba desnuda, y que dijo ser una «Princesa de Legión de Demonios». En mala hora decidiste vivir entre nosotras, en un asentamiento de damas que se extingue progresivamente.

—Explícame —aterrado, le suplicó él identificándose con su nombre para flexibilizar el encuentro —. ¿Qué han hecho unas contra las otras?

—Si también practicas la magia, tendrás que medirte con quienes sobreviven aquí —prosiguió la anfitriona—. Durante días, no se producen desafíos. Pero, de pronto, surgen: entonces, las más sagaces hacen desaparecer a sus adversarias.

—¿Son «reales» esas desapariciones? Creí que la magia era ilusionismo.

—No son ilusorias. Si fuese ilusionismo, esta población —que fue de millones de *pentagonpurpureas*— no estaría abrogada. Sólo el instinto de supervivencia de nuestra especie impide que se sucedan los duelos con la frecuencia de hace años. *El «poder», en cualesquiera de sus modos, siempre es letal* […]

—No soy mago ni poderoso en ningún asunto. Huyo de una vida *dionisíaca* que nunca asumí con placer. No soy hostil, ni perverso y no anhelo combatir con alguien.

—Cuando irrumpieron en *Pentágono Púrpura*, todas expresaron lo que tu. Sin embargo, la contienda plaga los confines del *Todo*. Querella que no admite «piedad» ni «capitulación». Simplemente, los enfrentamientos son para eliminar: que nunca para restaurar a quien sea abolida.

—Yo buscaba un camino donde los seres pensantes no se traicionaran ni odiasen, mi resurrección, redimirme […] Permíteme retornar al umbral para explorar otra gruta.

—No podrás: ya eres desafiado.

—¿Quién lo hace? Todavía no soy habitante de Pentágono Púrpura […]

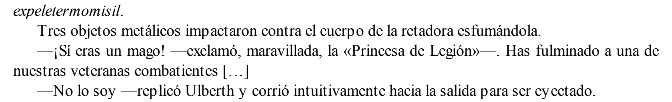
Una mutilada chica, a quien le faltaban la pierna derecha y el brazo izquierdo, y que se desplazaba hábilmente sin tocar el piso, se abrió entre las curiosas para proferir:

—Soy quien te desafía aquí, *inmigrante*, donde no hay animales irracionales ni vegetación, aviones, *máquinas de rodamiento* o edificios. Nunca nos alimentamos, ni bebemos agua. No defecamos, no sudamos, fornicamos o procreamos. Derroté a numerosas magas sin materializar aves u otras criaturas de otro mundo. Algunas de ellas lograron socavarme parcialmente. Si no tienes poderes, te [extinguiré] abatiré con mayor facilidad. Sin «piedad» ni «capitulación», como dice la «Princesa de Legión».

—Enterré mi vestimenta y artefactos. No puedo aceptar que ustedes sean reales. No pelearé, no soy mago, estoy desnudo, no soy enemigo ni infractor.

—Morirás sin enfrentarte, ¡cobarde! […] La renuncia a vivir es peor que la discordia, *inmigrante*.

Al escuchar esa frase de la contendora purpúrea, Ulberth dobló una de sus rodillas y su *ser físico* fue tres veces: uno empuñaba un arco y tensaba una *flecha*; otro una *espada* y el último un



expeletermomisil.

Tres objetos metálicos impactaron contra el cuerpo de la retadora esfumándola.

—¡Sí eras un mago! —exclamó, maravillada, la «Princesa de Legión»—. Has fulminado a una de nuestras veteranas combatientes […]

—No lo soy —replicó Ulberth y corrió intuitivamente hacia la salida para ser eyectado.

XVII

Ya de nuevo afuera, aturdido, Ulberth observó, temeroso, al *Pentágono Amarillo* situado en el extremo derecho del camino trifurcado.

Pero, no vaciló e ingresó —por absorción— al *Pentágono Azul*. Sentía cierta perturbación.

Esperanzado, fue otra vez recibido por la «Princesa de Legión».

—Estarás pensando que soy la misma que viste en el anterior pentágono —se apresuró a platicarle—. No te equivocas. Aquí no hay magas, sino indigentes desesperadas por la aparición de forasteros con alimentos […]

—Me resisto a creer que cuanto me ocurre sea real —molesto, musitó Ulberth mientras comprobaba que estaba rodeado de centenares de esperpentas en una especie de centro de ciudad con derruidas edificaciones y maloliente basural—. Ya no me identificaré de nuevo. Acaso, ¿no se preocupan ustedes por la higiene, por mantener el ambiente libre de contaminación? —No vine a proveerlas, sino a vivir en paz: a meditar, a disfrutar mi saldo de existencia.

—Si no traes comida, tendremos que aporrearte hasta tu muerte para consumirnos tu carne —se interpuso una de las hediondas habitantes que exhibía piedras en sus manos.

Él notó que, a diferencia de *Pentágono Púrpura*, ahí había abundante vegetación. Pese a lo cual, no percibía cuadrúpedos, aves o insectos.

—Pueden alimentarse de los frutos que pudieran darles estas plantaciones —impugnó—. ¿Por qué no los recogen y almacenan?

—No dan frutos —enfatizó la «Princesa de Legión»—. Sólo oxígeno […]. También tenemos ríos y lagunas sin peces. *Nada es inconcebible mientras respires, inmigrante. Ni la resurrección o santidad de quien parece* El Maligno.

Las curiosas que flanqueaban a Ulberth y la «Princesa de Legión» rieron y el recién llegado advirtió que lucían dientes de oro con menudas incrustaciones de lo que parecían ser diamantes.

—Ustedes podrían despojarse de parte de tan imponente y costosa dentadura para venderla, mediante mercaderes viajeros, al mundo no «pentagonal» —sugirió, atemorizado—. Obtendrían *próceres impresos* interasentaciones para proveerse de alimentos […]

—Según la doctrina de las *pentagonazules*, la riqueza inmanente a la carne simboliza «La Virtud Innegociable» —discernió la «Princesa de Legión»—. No se le puede destinar al trueque u obtención de *valores de cambio* durante siglos conocidos y aceptados. Hay «dignidad» en las creencias que exigen el rechazo a la opulencia.

—Pero, es inadmisible que esa «dignidad» no aflore cuando se pretenda practicar la antropofagia […] ¿Qué tan «digno» puede ser alguien capaz de entregarse a la antropofagia?

—No eres sino un «varón», absurdamente. A un «ser humano» no se le respeta si tiene *falo*. No eres más que un hombre que puede nutrir a esta hambrienta población. *Pentágono Azul* está habitado por trescientas sesenta y cinco personas y a cada cual le tocaría un pedazo tuyo.

—Tu discurso exhibe cierta insolencia. Déjeme ir […] Ninguna doctrina auténticamente humana faculta a nadie para asesinar a un hombre en estado de indefensión y comérselo. Boga por mi, «Princesa de Legión», para que pueda salir y tener la lícita oportunidad de intentar vivir en paz en el interior de otro de los pentágonos.

—Mi investidura no tiene competencia para apaciguar el hambre de quienes me han conferido

autoridad.

Hubo agitación entre las desnudas e impacientes moradoras, que gritaban su deseo de lapidar al forastero. Ulberth dobló una de sus rodillas y su *ser físico* fue tres veces: uno empuñaba un arco y tensaba una *flecha*; otro una *espada* y el último un *expeletermomisil*. Tres objetos metálicos impactaron, al azar, varios cuerpos de las *azules*. Éstas, al ver carne desparramada en rededor, dejaron de fijarse en Ulberth para comer. Momento que rápidamente aprovechó para escapar con éxito en dirección al zaguán eyector.

XVIII

Expulsado por segunda vez hacia el umbral del trifurcado camino, Ulberth notó que en el sitio exacto donde yació el enorme árbol de mango [y que se había desintegrado] retoñaba otro. Ofuscado, se colocó en el portal invisible de *Pentágono Rojo* y fue [instantáneamente] absorbido.

Al entrar se vio entre desnudas espectadoras que miraban cómo una mujer azotaba, fortísimo, a otra con un improvisado fuete de alambre de púas. El cuerpo de la infortunada parecía una sangrante coladora.

Las testigas coreaban la cantidad de «latigazos» que recibía, entre aplausos: llevaba trescientos y, faltándole sesenta y cinco, apenas podía mantener vertical su espalda. A la despiadada fustigadora la flanqueaba, impávida, la «Princesa de Legión».

—¡Déjala ya, la matarás! —exigió, a gritos, Ulberth—. Ese castigo es un acto criminal «lesivo a la Humanidad».

La inmensa turba de mironas, tan crueles como la victimaria, calló y volteó —enfurecida— a recusarlo.

—Tranquilas, es el *inmigrante* —informó rápidamente la «Princesa de Legión» a las damas, antes que lo embistieran—. Lo conozco. Quiere redimirse tras interrumpir la «dignidad» de las pentagonales […]

—No seas cínica, «Princesa de Legión»: no hay «dignidad» en la desaparición de personas mediante la magia, canibalismo ni tampoco en la tortura.

—Aquí, forastero, quien obstruya la justicia declara, automáticamente, su desacato a la doctrina territorial. En el lapso de veinticuatro horas, te procurarás un foete y enfrentarás a cualesquiera de las habitantes de *Pentágono Rojo*: hasta que una de las combatientes no pueda levantar sus brazos luego de recibir la dosificación máxima, preestablecida, de flagelaciones.

—¡Eres una *escoria*!

—Soy la suprema vigía forense de los acaecimientos pentagonales. De mi arbitraje depende que esta población se nutre mediante la contemplación de los azotamientos diarios. En cambio, tu eres un «varón» que, por cobardía, desertó de la *Perrera Central*. Afronta las consecuencias de tus actos. Nadie te persuadió para que ingresaras a *Pentágono Rojo*. Fue tu elección, forastero.

—Los delitos que a la Humanidad lesionan no prescriben, «vigía funesta».

—El comportamiento de los hombres —y tu eres uno de ellos— siempre será lesivo a la *Expansión de la Femenis Scelus* y no prescribe. Deberías temer al *Tribunal de los Asentamientos de los Mundos*, que no yo: porque los fines siempre, aun cuando se vinculen a esa perogrullada conocida como «los intereses supremos de los pueblos», exculpan a quienes bogan por ellos. Aquí las pentagonales están hambrientas y no tengo la atribución de impedirles que se alimenten […]

—La tortura no es un bocado para nadie. Te aclaro que me he despojado de las creencias, irredentas, de quienes avalan el delito causal.

—Madura: *nada es inconcebible mientras respires, inmigrante. El* mal *es la tregua que el* bien *se da para corregirse en plena torcedura Moral.*

—En tu Palacio, rea, eres la prevaricación.

En *Pentágono Rojo* no tenían árboles, aves, insectos, ríos, lagos, océanos o mares. Ulberth se sintió desconcertado, intimidado, en extremo. Las aseveraciones de la «Princesa de Legión» lo

perturbaban, confundían, le hacían trasladar sus pensamientos hacia lo que había culminado por repugnarle de su vida próxima pasada. Del mundo, de cualquier forma de existencia.

Tres *pentagonrrojas* se abrieron paso entre la multitud restante —de trescientas sesenta y dos— para embestir al *inmigrante*. Él dobló una de sus rodillas y su *ser físico* fue tres veces: uno empuñaba un arco y tensaba una *flecha*; otro una *espada* y el último un *expeletermomisil*. Tres objetos metálicos impactaron, al azar, en los cuerpos de las rojas que pretendían someterlo para flagelarlo. Ejecutó cinco saltos largos hacia la salida y fue eyectado.

XIX

Arrepentido de haber pretendido abandonar el pandemónico mundo del cual procedía, Ulberth quiso exhumar su ropa y artefactos [computadora portátil, *movilcel*].

Optó [*fallidamente*] por decidir que —jamás— experimentaría a los pentágonos *amarillo* y *verde*.

Se disponía a desenterrar sus pertenencias para regresar a su pasado cuando Luzbel reapareció y se lo impidió con una frase lapidaria:

—Procedes de la *mundanería*, de *Pandemónium*, que es idéntico a decir que de la «conspiración criminal como forma de existencia». ¿Crees que si retornas serás exculpado por quienes conformaban tu casta?

—Mis aventuras en los pentágonos fue terrible —dijo el frustrado Ulberth, ofuscado—. Tuve que defenderme con «instrumentos letales». Me hallaba desnudo, empero inexplicablemente armado. Tuve, por instinto de conservación, que combatir. Pero, no estoy sediento de la comisión de delitos.

—Ocurre que no estabas desnudo: *portabas tu pene*. Eres, todavía, hombre, un «arma letal» que simula haberse convertido en un «iluminado». Proseguiste cazador cuando debiste entender que para encontrar la paz tenías que ser una «presa».

—Instintivamente, luché contra mujeres en los pentágonos porque me desafiaron y me vi en la necesidad de preservarme.

—Toca y besa mis senos: no me sentiré intimidada por ti. Obsérvate: eres un arco y *flecha*, una *espada*, un *expeletermomisil*. No soy de tu *Realidad* y *Tiempo*. Si imploras ser un «iluminado», alguien «redimido», tendrás que mutarte de «arma letal» a gozosa víctima.

—Pero, de acuerdo con tus instrucciones, cavé una fosa: sepulté mi vestimenta y artefactos.

—Enterraste esas pertenencias, cosas que a nadie lesionarían. Pero, no tu imaginación fálica: *que es mortal*.

—Acaso, ¿insinúas que debí castrarme?

Cuando a Ulberth, excitado, le apeteció besarle los pechos a la hermosa Luzbel, fue absorbido por el *Pentágono Amarillo*. En su interior vio cómo las pobladoras se comían las unas a las otras, sin reñir.

Al toparse de frente, desnudas, portando filosas hachas y cuchillos, comenzaban a cortarse los miembros y procedían a devorarse.

Entre las trescientas sesenta y cinco *pentagonamarillas* estaba, una vez más, la «Princesa de Legión»: inmutable, reflexiva, sin temor a ser mutilada por ninguna.

Rápidamente, el «inmigrante» se resguardó tras su espa[*l*]da.

—¡No quiero ser alimento para nadie! —le suplicaba a la inmisericorde «vigía forense»—. ¡Ayúdame!

—No te resistas a ser un falotrador y adelántate —lo espetaba ella—. Toma tu cuchillo y procede conmigo. Come cualquier parte de mi cuerpo, excepto mis ojos y cerebro.

—¿Qué es todo esto, «Princesa de Legión»?

—La *muerte* es una «pendular y expansiva onda». Poséeme pronto o serás devorado por la *nada*.

Ulberth vaciló durante unos segundos y decidió aceptar la propuesta, sin importarle las consecuencias. Perdió el conocimiento cuando se movía encima del fabuloso cuerpo de ella y



eyaculaba.

XX

Ulberth despertó y se asombró de tener una mujer a su lado. No estaba Artemisa en el apartamento, motivo por el cual presumió que era fin de semana. Examinó, maravillado, a su acompañante. En una mesita, vio dos vasos con licor a medio tomar y una bandeja con camarones. Ella abrió sus párpados y sus bellísimos ojos lo conmovieron.

—Tengo difusos y extraños recuerdos —con timidez, le confesó Ulberth y se puso las manos en la cabeza—. ¿Quién eres?

—Soy Luzbel —respondió la dama—. ¿Estás arrepentido de haberme amado anoche?

—Estoy confundido: ¿en qué momento llegaste aquí?

—Me invocaste. Siempre esperé, paciente, que me llamaras. Me mantuve virgen, fiel a mis sentimientos por ti.

Luzbel se rió, le acarició la melena y lo besó tiernamente. Agarró uno de los vasos y bebió un sorbo de *cubalibre*.

—¿Dónde vives? —curioseó Ulberth.

—Tu sabes, «mi Príncipe Bello».

—No soy bonito. *Tu si eres preciosa*. Y no se dónde resides.

La plática fue interrumpida por Alveiro, que tocó ruidosamente la corneta de su vehículo *todoterreno* y gritaba su nombre para que saliese al balcón. Ulberth le pidió permiso a Luzbel para salir del apartamento hacia el alargado pasillo. Ella asintió.

Él caminó hasta el pie de la escalera, sin descender. Su amigo lo saludó e invitó a ir a desayunar en su cabaña. Como había dejado abierta la puerta del conductor, Ulberth captó —nítido— a Fa [*lema*] en el asiento delantero: mirándolo fija e inquisitivamente.

En la parte trasera estaba su hija Rinel.

—No puedo ir, Alveiro —se excusó—. Tengo visita.

—Si es una chica, puedes llevártela con nosotros —insistió—. Tengo cerveza y ron en mi casa. Anímate.

—Espérame […] Le consultaré si quiere ir.

Ulberth retornó a ella y le informó respecto a la invitación del periodista. Inesperadamente, a Luzbel le pareció una magnífica idea y se apresuró a vestirse. Él también.

Luego de quince minutos, ya se desplazaban por entre la *selvasiemprepreverde* rumbo a la cabaña de Alveiro. Fa lucía recelosa. Bebía, con fruición, una lata de cerveza mientras Alveiro le decía a Ulberth que [ampliaba] modificaba su casa.

—Contraté a un albañil para construir un área adicional, especial para reuniones —contento, deliberaba.

—Excelente, Alveiro, es importante que tengas un espacio para tertulias y libaciones.

—¿Cuál es el nombre de tu novia? —interrumpió Falema y volteó a observarlos, con sorna—. Es muy linda […]

—Luzbel —se adelantó a responder la otra, desafiándole su corrosiva mirada.

—¿Dónde vives?

—Pregúntale a Ulberth.

—El mío es Falema.

—¿Son ustedes esposos?

Ninguno de ellos dilucidó la interrogante. Alveiro se fumaba un tabaco de marihuana que, cada momento, se lo llevaba a la boca de Falema para que lo aspirase.

Le ofrecieron a Ulberth y Luzbel, empero ambos rehusaron drogarse.

—Ella es muy joven para ti, Ulberth —ladró Falema.

—No tengo edad —enfrentó Luzbel a Falema y besó a Ulberth—. Tampoco él, a partir de anoche.

Alveiro amonestó a su mujer, apretándole —fuertemente— el brazo izquierdo sin importarle que sus invitados se dieran cuenta. Ella zumbó la vacía lata de cerveza por la ventana de la camioneta e intentó abofetearlo, pero se inhibió.

De súbito, Ulberth tuvo varias visiones en las cuales Falema lo injuriaba y golpeaba. En ellas no aparecía Alveiro. Luzbel lo abrazó con profundo amor y le susurró al oído:

—Para quien es *vidente* el futuro no existe. Ella querrá convertirse en «Princesa de Legión» y traicionará el juramento. [Luxfero] *Pater* la ha regresado al castigador que no cumplió la tarea de flagelarla. Tu y yo estamos aquí, *ellos no*. Falema, en este momento, yace en un cuchitril, predada por roedores, sujeta de padecimientos físicos y psíquicos. *Sobre su sepultura esputaremos*.

Todos bajaron del *todoterreno* y entraron a la cabaña. Afable, Alveiro los instó a sentarse en una butaca y encendió el reproductor digital de música. Luzbel se inclinó y recogió un manuscrito del piso.

—Es tuyo, Falema —se lo extendió Luzbel—. Cayó de tu bolso.

—¿Mío? —nerviosa, indagó—. ¿Qué dirá?

La anfitriona tomó el texto y, asustada, lo leyó. Luzbel y Ulberth le escrutaban la abundante, sucia y desordenada cabellera *afroamericana*. La *Escoria Negra* quedó estupefacta por el contenido, que transcribo:

Juramento
de Lealtad
al Demonio

«Mediante el presente documento, yo, Falema, para merecer la protección y gozos que Lucifer *ofrece a sus adeptos, juro mi fidelidad a él y sus mandamientos de catequesis que obedeceré. También prometo que seré honesta y leal a* Ulberth*, su hijo pródigo, mientras en este mundo él respire. Si yo llegase a violar esta* Adhesión Satánica*, aceptaré ser implacablemente castigada con penurias y tragedias personales hasta el advenimiento de mi muerte. No quebrantaré mi palabra, cuya hipotética irreversibilidad futura pagaríamos con sufrimientos mi familia y yo durante el tiempo que dure nuestra existencia. Primero beso, luego firmo y quemo mi ya escrita conversión».*

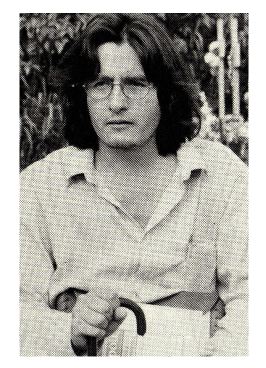
XXI

Tras haber dormido durante casi ocho horas, Ulberth despertó presa de una infinita *quiescencia*. Era sábado. Su hija Artemisa no estaba en el apartamento. A su lado, tenía todavía encendida la computadora portátil. En la pantalla, vio la fotografía de una encantadora mujer y un mensaje: «*Seré tuya cada vez que me invoques. Yo soy Luzbel y te amo*».

Ulberth se levantó de la cama, abrió la puerta de su apartamento y caminó hacia el balcón. Hacía frío. Respiró profundo, miró la *selvasiempreverde*, nubes y la sierra que lucía nevada. Nadie caminaba por las calles, no se escuchaban voces, música ni ruidos. Observó el distante vuelo de un cóndor y se sorprendió porque conformaba una especie casi extinta. De pronto, una lluvia de minúsculas gotas precipitó con neblina. Luzbel irrumpió frente a su casa, montada sobre el lomo de un corcel de pelambre luminosa. Vestía un multicolor manteo. Lo miró con ternura, sin pestañar.

—*Silentium, sapiens eris* —en lengua sacra, le dijo.

—*Mater, tui servus sum* —eufórico, le replicó Ulberth.



ALBERTO JIMÉNEZ URE (1952). Soy, entre los hijos de [Eva] *la primera*, un desterrado. En la actualidad, mi único arraigo está representado en la figura de mi hija Venus. Territorialmente, soy un desarraigado: un fustigado e incomprendido apátrida. En cambio, mi pequeña y yo somos aliados. Vivimos solos: soy su padre y su madre, su custodio, cobijo y quien ilumina su sendero. Por otra parte, admito que me agrada ser leído. Me divierte mucho, me intriga *ad infinitum*. Entre mis lectores y yo existe un tácito pacto para sempiternamente hibernar la disputa o comunión que pretendía emboscarnos. No doy a nadie mis libros cuando están en fase prenatal o evolutiva. Empero, ya publicados me place obsequiarlos a personas que presumo les gusta leer. Bebiendo licor en tascas, ocasionalmente discuto con intelectuales sobre literatura y política. Igual sobre la filosofía: ésa, «la impúdica», mi *alma mater*. Y sobre Deus y el Demonio, que si existen. Alrededor de Abraxas, que también vive y al cual todos conceden audiencia por su investidura de vieja data.

Los críticos literarios y quienes suelen analizar mis textos en los claustrofalaces de la Educación Media o Superior afirman que soy, fundamentalmente, un narrador. Quizá por esa causa, yo debería comulgar con ellos y decir que me identifico más con la *novela* o *cuento*. Pero, en mi defensa frente al fraude ante el cual nunca capitularé, admito que no tengo una «partida de nacimiento oficial» respecto a géneros literarios. Durante mi niñez, escribí distinto a lo que me exigían en la escuela. A veces formulé ideas, pero igual expelí mis tormentos. En otros instantes vertí al papel [cuentos] invenciones quizá «macabras». No eran tiempos de «procesadoras de palabras» y la *ficción manuscrita* era un supremo acto ritual, tanto como hoy lo es propagar historias o pensamientos mediante la *tecnología multimedia*. De ese modo desahogaba mis miedos infantes, mi indefensión y profundo desarraigo que jamás se revertiría en mi existencia.

Tengo interés en conocer lo que escriben los más jóvenes y en leer ensayos de profesores universitarios [*Los hijos de Acteón*, de Mantilla Chaparro, por ejemplo]. Siempre releo a filósofos clásicos como Schopenhauer, Mill, Nietzsche, Prohudom, Marx, Cappelleti, Sartre, Séneca y otros.

Hace poco leí *El niño que fui*, de Saramago [no me gustó, muy frívolo]. Un libro de una chica que afirma ser mi discípula, y que me impactó, titulado *Mundo inmundo* [Marie Josue Saintux]. Me encanta la generación de relevo de los Herederos del Caos que conformamos los hacedores nacidos a partir de la mitad del Siglo XX, y que, durante el alba del XXI, todavía podemos ser, mediante nuestros escritos, a la humanidad lesivos o venerables. Qué importará a los desahuciados del mundo.